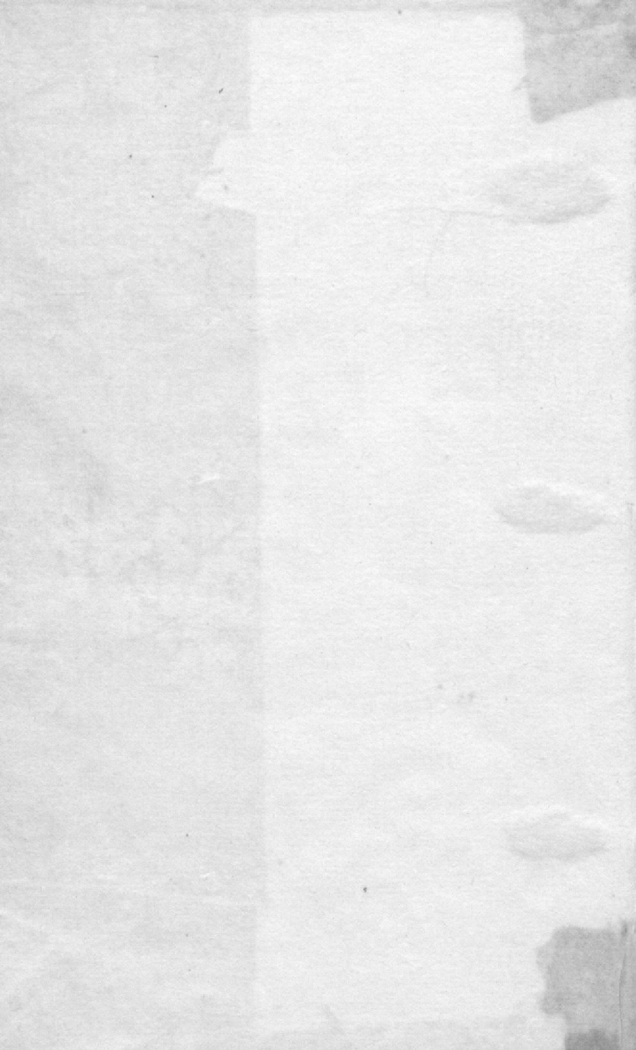
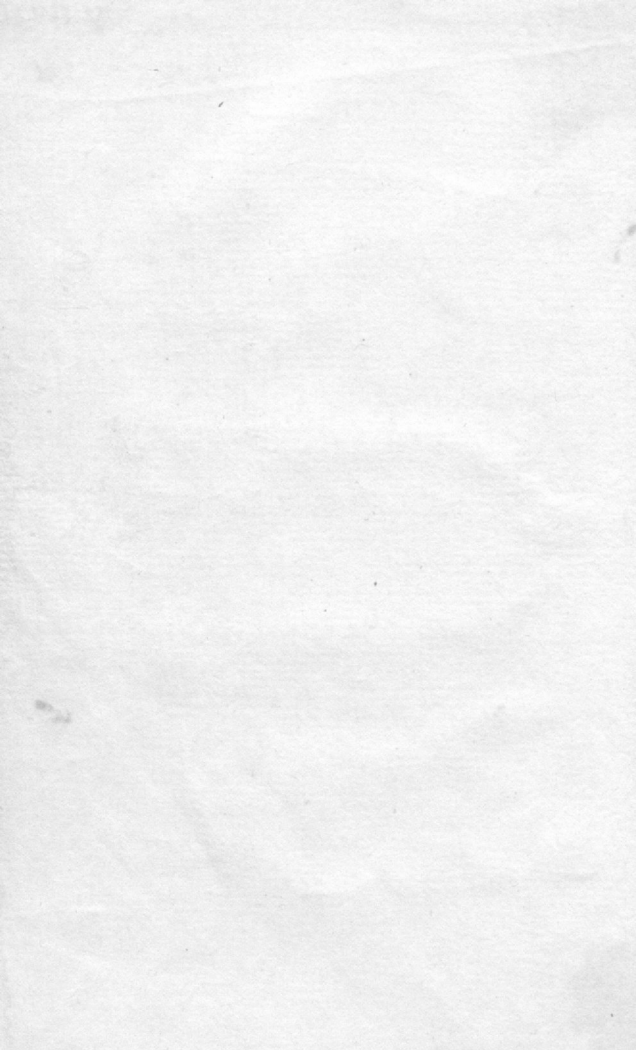
The image shows the front cover of an old book. The cover is decorated with a dark, intricate marbled pattern, possibly a 'stone' or 'shell' pattern, featuring swirling, organic shapes in shades of grey and black. A vertical strip of a different, darker material, likely the spine's binding, is visible on the left side. In the lower-left quadrant, there is a small, rectangular white paper label with a slightly irregular, deckled edge. The label contains the text 'G-F 5980' printed in a bold, black, sans-serif font.

G-F 5980



D G C L

A



LEYENDA CUARTA

LA PASIONARIA.

CUENTO FANTASTICO.

Por D. José Terrilla.

ENTREGA VII.

Barandica.



R. 25596

LIBRARY OF THE

UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS DEPARTMENT

Un día en que mi muger leía los cuentos fantásticos de Hoffman, y escribía yo á su lado los míos, se entabló entre nosotros el siguiente diálogo.

MI MUGER. ¿Por qué no escribes un cuento fantástico, como los de Hoffman?

YO. Porque considero ese género inoportuno en España.

MI MUGER. No alcanzo la razón.

YO. Yo te la diré. En un país como el nuestro lleno de luz y de vida, cuyos moradores vivimos en brazos de la mas íntima pereza, sin tomarnos el trabajo de pensar en procurarnos mas dicha que la inapreciable de haber nacido españoles; ¿quién se lanza por esos espacios tras de los fantasmas, apariciones, enanos y gitanas de ese bien aventurado Aleman. Nuestro brillante sol daría á los entornos de sus medrosos espíritus tornasolados colores que aclararían el ridiculo misterio en que las nietas de Alemania envuelven tan exageradas fantasías.

MI MUGER. (interrumpiéndome.) Esa teoría será muy buena, pero en ese caso ¿á qué género pertenece tu leyenda Margarita la tornera?

YO. Al genero fantástico, sin duda.

MI MUGER. Luego la teoría y la práctica estan en contradicción.

YO. Entendámonos. Margarita la tornera es

una fantasía religiosa, es una tradición popular, y este género fantástico no lo repugna nuestro país, que ha sido siempre religioso hasta el fanatismo. Las fantasías de Hoffmann sin embargo no serán en España leídas ni apreciadas sino como locuras y sueños de una imaginación descarriada; tengo experiencia de ello.

MI MUGER. Acaso tendrás razón: pero yo quisiera que hicieras la prueba.

YO. Enhorabuena: mas con una condición. Que sobre ti vaya la responsabilidad del éxito.

MI MUGER. Acepto.

YO. Tu me darás el argumento de la composición.

MI MUGER. Y tú le tratarás con imparcialidad.

YO. Prometo escribírtelo como Dios mejor me dé á entender.

MI MUGER. Pues escucha.

He aquí, amigo lector, la historia de mi Pasionaria que está dedicada á mi muger, de quien es original. Tú la juzgarás. Pero te suplico que no la leas tan sin cuidado que desfigures la belleza del argumento, con la torpeza y desaliño de la ejecución.

JOSE ZORRILLA.

INTRODUCCION.



En un fresco valle ameno
De flores y árboles lleno
Que á un jardin se parecia
Un buen hidalgo vivia
De pesadumbres ageno.

De aquel albergue escondido
La soledad deleitosa
Habia un santuario sido
Donde pasó guarecido
Su larga vejez dichosa.

Soldado fué mientras pudo
Con el lanzon y el escudo,
Mas su buen tiempo pasado
Volvió á su valle ignorado
A ser campesino rudo.

Alli dejó á su partida
para la empeñada guerra
En una esposa querida,
Y una hija de ella tenida

Cuanto adoraba en la tierra.

Mas de la guerra al volver
 Con sus heridas ufano,
 Echó el buen hombre de ver
 Que honrado volvia en vauo;
 Faltábale su muger.

El pobre hidalgo la enviaba
 Nuevas suyas cada dia
 Que una ocasion encontraba,
 Pero siempre se perdia
 El mensage, y no llegaba.

Murió pues la triste esposa
 Sin noticias de su suerte,
 Pues en lid tan azarosa
 Dar era dificil cosa
 Mas noticia que la muerte.

Lloró su mala ventura
 Por largo tiempo el soldado;
 Mas todo el tiempo lo apura,
 Y el deleite y la amargura
 Tienen su fin señalado.

Vivo trasunto de aquella
 Perdida ya dulce esposa
 Quedábale una doncella
 Como su madre amorosa,
 Y mas que su madre bella.

¿Y quién ¡vive Dios! no olvida

Los desastres mas prolijos
 Cuando la luz de su vida
 Llega á ver reproducida
 En el amor de sus hijos?

La vejez desencantada
 Tal vez no goza con nada,
 Pero la mas cruel historia
 Se borra de su memoria
 Si de hijos se ve cercada.

Asi el valiente Robledo
 Todo su amor atesora
 En la hija que le queda
 ¡Ojalá Dios le conceda
 Larga vejez con su Aurora!

Aurora , sí , se llamaba
 Porque en la aurora de un dia
 Conque un abril empezaba
 Nació , y el Sol que apuntaba
 Con ella á la par nacia.

¿Y quien sabe si al preveer
 Su hermosura venidera
 Quiso el Sol su estrella ser,
 Y vino la primavera
 Su mas bella flor á ver?

Asi suceder debió
 Porque en aquella espesura
 La bella Aurora creció

Y díola doble hermosura
Cada aurora que pasó.

Rosa del valle frondoso
Que del cierzo la guarece,
Su cáliz abre oloroso
Bálsamo esparce precioso
En el desierto en que crece.

Sus primorosos colores
Y su fragancia esquisita
Vergüenza son de las flores
Que aquellos alrededores
Dan entre yerba marchita.

Y orgulloso y satisfecho
De guardar tan linda flor
Robleda pide á su pecho
Ambito menos estrecho
Para su ambicioso amor.

Toda su triste existencia
De Auroras desventuradas
Y de sangrientas jornadas
De aquella aurora en presencia
Sueño es de cuitas pasadas.

Y así en su albergue escondido
Y en soledad deleitosa,
Contra el pesar guarecido
Pasa su vejez dichosa
El soldado encanecido.

En una de Abril fecundo
Deliciosísima tarde,
Y en la orilla de un arroyo
Que cruza el ameno valle,
Bajo la sombra sentada
De unos juncos desiguales,
Una hermosísima niña
Sola y distraída yace.
Del manso arroyo contempla
Los fugitivos cristales
Que en las arenas del fondo
Reflejan su bella imagen.
Y hállese linda sin duda
Segun lo que se complace,
Ya sonriendo con ella,
O ya con ella enojándose.
A veces turbando el agua
La borra por un instante,
Volviendo curiosa luego
A ver como se rehace,

Y asoma sobre sus labios
 De purísimos corales
 Vaga é infantil sonrisa
 De nuevo al verla formarse.
 Mírala atenta esperando
 A que las aguas se aclaren,
 Y á solas con su reflejo
 Plática entabla muy grave.
 ¿ Por qué me miras , le dice,
 Cuando me inclino á mirarte,
 Y si me aparto te apartas,
 Y si salgo á verte sales ?
 ¿ No sabes que es mucho orgullo
 Para una sombra tan frágil
 Hasta quien la dá la vida
 Osar subir arrogante ?
 ¿ No sabes que con un soplo
 Romper y manchar me es fácil
 Los ojos con que te atreves
 En los míos á mirarte ?
 ¿ Quién eres tú , necia sombra,
 Para salir á encontrarme
 Trás el quebradizo muro
 De tu trasparente cárcel ?
 Tú , pobre ilusion sin vida,
 Sombra sin cuerpo palpable,
 Que solo á la sombra de otro

Puedes vivir arrastrándote.
 Tú, que á mi solo capricho
 Debes no mas cuanto vales,
 Puesto que nunca nacieras
 Si yo á ti no me acercase?
 ¿Y todavía me miras?
 Y te me ries, infame,
 ¿Y me provocas sirviéndote
 De mis mismos ademanes?
 Para insolencia tamaña
 Ya no hay paciencia que baste;
 Toma, descarada, y sea
 Cada granito un ultraje.
 Y así la hermosa diciendo
 Por castigar á su imagen,
 Tiraba al fondo del agua
 Las arenas de la margen.
 Al ver la espuma que elevan
 Y al ver los innumerables
 Circulillos que producen,
 Y unos en otros quebrándose
 Fugitivos de su centro,
 Y en tumulto interminable,
 Los unos van á perderse
 Adonde los otros nacen,
 Y entre la confusa tela
 De sus líneas vacilantes,

Al ver en el fondo turbio
Inquieta siempre su imagen
Con inocente sonrisa
Y con infantil donaire,
Eso es, decia, ya vuelves,
Necia sombra, á tus desmanes;
Mas veremos por quién queda,
Tu á salir, y yo á borrarte,
Y arena tiraba al agua
Con caprichoso coraje.
En tal entretenimiento
Se la pasaba la tarde
Luchando contra su sombra
Que aparecía constante,
Cuando un mancebo que estaba
Tras ella, con voz suave
Y afectuosísimo tono,
Dijola : Aurora, ¿ qué haces ?
Tornóse al punto la niña,
Y ruborizada alzándose
Dijo bajando lós ojos:
¿ Qué he de hacer mas que esperarte ?
— Tan entretenida estabas
Con el arroyo...
--- Tirábale
Las arenillas que cria
Por venganza.

— ¿En que es culpable
Para que asi le castigues ?

--- Detesto sus falsedades,
y él me engaña.

--- ¿ Qué te dice ?

--- Me copia todo el samblante,
Y miente sin duda alguna.

--- ¿ Por qué ?

--- Porque á ser iguales

Yo y el reflejo que pinta
Mas en verdad te agradase.

--- ¿ Pues quién te ha dicho, alma mia,
Que yo no te le idolatre ?

--- Mas á menudo vinieras
Si asi fuera á contemplarle.

--- ¿ Acaso tardé ?

--- Lo ignoro.

Cuando vienes nunca es tarde.
Pero cuando pasa un dia,

Y otro y otro y aguardándote,
Paso horas y horas sentada

Mirando por todas partes
Sin que por ninguna lleguen

Mis ojos á tropezarte,
¡ Ay, Felix, qué de recelos

Me atormentan !

--- ¿ Pues no sabea

Que tengo yo, Aurora mia,
Ayo, maestros y padre
Que me acechan de continuo
Y que me es fuerza robarles
Los minutos para verte
Si no para idolatrarte?
Cuando el castillo abandona
Ya por caza ya por viage
Es solo cuando evadirme
De mi preceptor es fácil;
Y solo con mil pretextos
Logro entonces engañarle
Y no oír sus importunos
Consejos inagotables.
Con el del noble ejercicio
De las armas salgo al parque,
El caballo se desboca,
Salta la zanja y al valle.
Tanto bien mio, me cuesta
Verte unos cortos instantes,
Mas no hay azar que no arrostre
Por oírte y contemplarte.
---Ay Felix siempre palabras
Consoladoras me traes
Mas no sé que falta en ellas
Que nunca me satisfacen.
---¿Dudas acaso?...

---No en tí
Que no me atreviera amándote.

---¿Pues en quién?

---En la fortuna.
Tú tan noble...

---Y es bastante
Garantía la nobleza

De mi encumbrado linage
Para cumplir mis palabras.

Y esto Aurora mia baste ,
Que me ofenden esas dudas.

---¡Siempre ese altivo lenguaje
Felix, siempre te me enojas!

---¿Yo, Aurora mia, enojarme?
Contigo; mi bien, mi gloria,
Jamás.

---Pues tu mano dame,
Júrame que me amas mucho
Y hagamos las amistades.

---Las manos no , el corazon.

---No puedo yo tanto darte

---¿Pues qué, corazon no tienes?

---No , que ha venido á robármele
Un mancebo muy gallardo.

---¿De veras?

---Sí , como un ángel

---¿Y se le llevó ?

—Sin duda.

—Como yo llegue á encontrarle...

—¿ Se le pedirás?

—No á fé.

—¿ Pues qué has de hacer?

—Arrancársele.

Y aqui cayendo la niña

En los brazos de su amante

Sonó un regalado beso

Que devoró ansioso el aire.

—Aurora, dijo el mancebo

Mira al Sol.

—¿Felix, te partes?

—¿Qué he de hacer? Espira el dia.

—Es verdad Felix. Mi padre

Tambien estará impaciente.

¿Volverás pronto?

—Cuanto antes.

—¿Te acordarás de mí?

—Siempre:

Mi existencia es solo amarte;

No tengo en mi corazon

Mas que un altar con tu imagen.

—¿Se borraré?

—Nunca, Aurora:

Pintada está con mi sangre

Y por el crisol pasada

Del fuego que en ella arde.

Y al dulce beso tornaron
 En punto tal separándose
 Y mientras verse pudieron
 No dejaron de mirarse.

Subia aprisa don Felix
 Y con pasos desiguales
 Por la tortuosa vereda
 Que lleba fuera del valle;
 Y lentamente cruzaba
 Aurora la opuesta parte
 Por la olorosa pradera
 De que es su casa el remate.
 Y á cada paso volviéndose
 Y de lejos saludándose
 Ambos á dos se juraban
 Como quien eran amarse.
 ¡Pobres niños que insensatos
 Juzgaban interminable
 Lo que era con solo un soplo
 Interrumpirles muy fácil!

II.

Tendía sobre la tierra
Su oscuro manto la noche
De estrellas poblando el cielo
En magnífico desorden.
Lanzaba apenas la luna
Sus tímidos resplandores ,
Como enamorada que abre
Recelosa sus balcones
Por ver al galán que espera
Y que las sombras la esconden ;
Mas cuyo contorno vago
En la oscuridad conoce.
Todo en el valle reposa
Y con murmullos acordes
Entre las hojas susurran
Los céfiros juguetones.
El manso rumor del agua
Que entre los céspedes corre

Mezclado con sus murmullos
Incesantemente se oye.
Perfuma el ambiente puro
De las campesinas flores
El grato y sencillo aroma ,
Que ávida el aura recoge.
Brotan del húmedo cespéd
Imperceptibles vapores ,
Que de las ráfagas vuelan
Sobre las alas veloces.
Y la frescura se aspira ,
Y los sentidos absorve
Vaga languidez dulcísima,
Que hace su deleite doble.
El pensamiento perdido
El ancho espacio recorre
En pos de mil imposibles
Encantadas ilusiones.
Los ojos alucinados ,
Con mil falsos resplandores
Realidades imaginan ,
Sus increadas ficciones.
Y en el azul transparente
Cuya estension desconocen
Sus errantes fantasías
En su desvarío ponen.
Y un vapor que le atraviesa ,

Un insectillo que indócil
Le cruza inquieto sonando
Sus aliflas uniformes ,
Un hoja que va en el aire,
Sin hallar en qué se apoye
Y desprendida de un tronco
Acaso de sábia pobre ,
Por una vision la toman,
Que pasa ante ellos informe
Suspiro tal vez de un hada ,
Plegaria acaso de un monje.
Noche azul , limpia y serena
Tras la cual se reconoce
Lo infinito del espíritu
Que con un soplo hizo el orbe.
En esta noche tranquila
Y en este valle fué donde
Delante de una ventana
De su alquería sentóse
El bueno de Juan Robleda
En un gran sillón de roble ,
Asegurando los codos
En sus brazaes enormes.
Los ojos en tierra fijos,
Mohino el semblante noble,
Sumido el ánimo muestra
En graves meditaciones,

Jamás se le vió tan triste ;
 Sin duda su pecho esconde
 Algun secreto funesto
 Que el corazon le corroe,
 Secreto que en el silencio
 Es fuerza que le devore ,
 Que en su corazon se entierre
 Y en su corazon se ahogue,
 Mas él desea sin duda
 Que fuera de él se desborde ,
 Reduciendo sus tormentos
 A sentidas expresiones
 Que otro las oiga y las sienta
 Como él las siente y las oye ,
 Ya porque él lo necesite ,
 O ya porque á otro le importen,
 Y esto sin duda resuelve
 Porque dejando su inmóvil
 Posicion , por la ventana
 Llamó á Aurora , y levantóse.
 Entró la hechicera niña ,
 Volvió á su sillón de roble
 El padre , y entre los dos
 plática tal entablose.

ROBLEDA.

¿Dónde has estado ?

AURORA.

En el soto.

ROBLEDA.

¿Qué has hecho allí ?

AURORA.

Cojer flores.

ROBLEDA.

¿Y has cogido muchas ?

AURORA.

Muchas.

ROBLEDA.

Ten cuenta con las que coges,
y no vayas á buscarlas
al parque de los señores
de Aracena, porque tiene
muy malos alrededores.

AURORA.

Yo señor...

ROBLEDA.

¿Me has entendido?
No están mis ojos tan torpes
Todavía que no alcancen
Hasta el lindero del bosque.

AURORA.

Duéleme padre y señor
Que mi conducta os enoje ;
Mas yo prometo...

ROBLEDA.

Hija mia
No hay desdicha que no arrostre
Tu padre por tu ventura,
Ni mal que por ti no afronte.
Mas no hay tampoco desdicha
Que me desvele ni asombre,
Como el temor de perderte.

AURORA.

¿Y á qué padre esos temores?
Aqui hemos siempre vivido
Retirados, nuestra pobre
Posesion respetan siempre,
Los bandidos y los nobles.
Mil veces me habeis contado
Que allá detras de esos montes
Está la tierra turbada
Con guerra y desolaciones.
Que todo el mundo está henchido,
De desventuras y horrores
Pero jamás han llegado
A nuestro valle sus voces.

ROBLEDA.

¡Ay que no es Aurora mia
 Tan peligroso el redoble
 Del atambor que convoca
 Para matarse los hombres
 Como la voz engañosa
 De esas mágicas pasiones
 Que viven en nuestro pecho
 Como huéspedes traidores.
 Lides se vencen lidiando ,
 Y al fin ya que no se logre
 Salir de una guerra siempre
 Felices ó vencedores ,
 La fuga salva aunque manche ,
 ¡Mas cómo de las traiciones
 Defenderse de enemigos ,
 Que á par con nosotros corren ?
 Bajas Aurora los ojos ,
 La faz ruborosa escondes ;
 ¡Ay de tí , luz de mi vida !
 Si freno al amor no pones.

AURORA.

¡Callad por Dios padre mio!

ROBLEDA.

Fuerza es decírtelo, óyeme:
 Todo lo sé, pobre niña,
 Esas desdichadas flores
 Que vas á cojer al campo,
 Son las falsas espresiones
 Los juramentos de amor
 De un mozo á quien no conoces,
 Y de quien tu no has nacido
 Mas que sierva. Y si no rompes
 Tan torpes lazos, si no echas
 en olvido hasta su nombre.

AURORA.

Padre, imposible. Se mezcla
 en mis mismas oraciones.
 No se aparta de mi mente
 Ni de dia ni de noche.

ROBLEDA.

Pues bien Aurora es forzoso
 Que desprendértele logres
 Del corazon, es preciso

Que huyamos lejos de ese hombre.
 Tu no naciste condesa,
 No heredaste mas blasones
 Que tu honor, y esa no es prenda
 Para perdida de un golpe.
 Venderé nuestra alqueria.
 Aurora, á partir disponte,
 La distancia es el olvido,
 Y el tiempo allana los montes.

AURORA.

Pues bien padre, partiremos:
 Conozco vuestras razones
 Iremos donde gustáreis;
 Será un sacrificio enorme,
 Tal vez me cueste la vida,
 El alma tal vez indócil
 Se resista de tal modo
 Que el aliento me sofoque,
 Pero primero es mi padre:
 Vuestros caprichos son órdenes
 Para mí; sí, padre mio,
 Mas dejadme que le lllore.
 No estrañeis no, que á los párpados
 Las lágrimas se me agolpen,
 No me preguntéis la causa

Que será méntar su nombre.
Y aqui de hinojos Aurora
Ante su padre se pone
Diciendo--padre partamos
Antes que don Felix torne.

III.

Catorce dias despues
De su alqueria á la puerta
Iba á montar á caballo
El bravo Juan de Robleda.
Ya estaba á su lado Aurora
Sobre una jaquilla negra ,
Y un criado conducia
Sobre una mula su hacienda.
Las crines tenia asidas ,
El soldado y el pie cerca
Del estribo , cuando á ellos
Vió con estraña sorpresa,
Venir un hombre en un potro
Deshocado por la cuesta,
Y á pique de despeñarse
Por la tortuosa vereda.
Las compasivas miradas
Clavó en él con ánsia estrema

De que descendiera vivo,
 Lo que á la verdad no espera.
 Mas gracias á su fortuna
 Mucho mas que á su destreza
 Por la orilla del arroyo
 Siguió su ráuda carrera.
 Pasó el lindero del soto
 Tan veloz como una flecha,
 Saltó la zanja del bosque,
 Cruzó el puente de madera,
 Y pasó por medio de ellos
 Sin ser dueño en su violencia
 De contener de su potro
 El impulso y la fiereza.
 Era don Felix. Aurora
 Palideció á su presencia,
 Y el viejo esperó pregunta
 Para concebir respuesta.
 ¿Partís? preguntó don Felix,
 Con faz pálida y colérica:
 Y con altiva mesura
 Partimos, dijo Robleda.

DON FELIX.

¿ Por mucho tiempo ?

ROBLEDA.

Por mucho,
Si es mucho la vida entera.

DON FELIX.

Los vasallos de mi padre
No pueden sin su licencia
Abandonar sus estados.

ROBLEDA.

Por eso fui yo á obtenerla
De él mismo no há muchas horas.

DON FELIX.

¿Y os la dió?

ROBLEDA.

Y gracias con ella.
Con que así, señor don Felix,
Mire si paso nos deja,
Porque la jornada es larga

:

Y la mañana está fresca.

DON FELIX.

No será mientras yo viva,
Buen viejo, y tened paciencia,
Que no ha salir mi esposa
De donde su esposo queda.

ROBLEDA.

¿Qué estais hablando, don Felix?
¿Qué esposa ó qué rayo es esa,
Ni qué tengo yo que ver
Con quien vuestra esposa sea?

DON FELIX.

Mas de lo que vos pensais
Mi muger os interesa,
Que os vengo á pedir á Aurora
Para mi esposa, Robleda.

ROBLEDA.

¡ Está su merced sin juicio
Por Cristo vivo!

DON FELIX.

— Ello es fuerza,
 Yo la adoro, la idolatro;
 Todo el poder de la tierra
 No me arrancará del pecho
 Esta pasión violenta.

ROBLEDA.

— Teneos, señor, teneos,
 Que se os desboca la lengua;
 Y aunque os amargue es preciso
 Que oigais la verdad sincera.

Don Felix, doy por supuesto
 Que ella os ama, doy que es cierta,
 Profunda vuestra pasión,
 Decidida y verdadera,
 Mas ella nació villana,
 Y vos en estirpe régia,
 Si, porque sangre de reyes
 Circula por vuestras venas,
 Ved pues si podeis bajaros
 Hasta humillaros con ella,
 O si ella puede subir
 A vuestra altitud escelsa.

DON FELIX.

---Sí puede ¡viven los cielos!
Que en la muger no hay nobleza,
Y en alas de la hermosura
Se encumbra hasta las estrellas.
Cuando yo herede el condado
Aunque segadora fuera
La esposa que yo tomare
Fuera siempre la condesa.
Que si soy de sangre noble
Soy tambien...

ROBLEDA.

---Un calavera
Que os cansaréis en dos meses
De una záfia lugareña,
Y la encerraréis tirano
En alguna fortaleza
Para gastar en la corte
Vuestro oro con las agenas.
Creedme , señor don Felix,
Yo tengo mucha experiencia
Y sé lo que son las cosas ;
Dejaos pues de quimeras.

(59)

Cada oveja , ya sabeis
El refran , con su pareja.

DON FELIX.

— Pues bien , viejo testarudo,
Ya que me provocas , guerra
Te haré desde hoy , de tus brazos
La arrancaré.

ROBLEDA.

— Y eso prueba
Bien claro que sois un vil,
Porque tan villana idea
Le ocurre solo á un menguado
Que contra la ley atenta.

DON FELIX.

— Nada me importa tu cólera,
Me olvido de tu insolencia.
Y tú, Aurora de mi vida...

ROBLEDA.

— Don Félix , su merced vea

Que si da un paso hácia Aurora,
 La vida al punto le cuesta,
 La justicia de mi causa
 Ha defendido mi lengua,
 Con honor ; de vuestro arrojo
 Mis pistolas me defiendan,

Asi Robleda diciendo
 Metióse con faz resuelta
 Entre don Felix y Aurora,
 La mano en las armas puesta,
 Postróse á sus pies la niña
 De miedo en llanto deshecha,
 Volvió en su acuerdo don Felix,
 Y á punto tal por la cuesta
 Aparecieron ginetes
 Del conde con la librea,
 El mismo delante de ellos
 Avanzando á toda rienda.

EL CONDE.

¡ Voto á San Dimas ! ¿ Qué es esto ?
¿ El siervo contra el Señor ?

ROBLEDA.

No busco de tal rigor
Para escusarme pretesto.
Mas yo mi honor defendia
Y antes de volver atrás
Poco es de él, de Satanás
Señor le defenderia,

EL CONDE.

¿ Mi hijo á tu honor atentó ?
Robleda en verdad responde.

ROBLEDA.

Al vuestro atentaba, conde,
A no impedirselo yo.
Pidióme loco la mano
De mi hija y se la negué.

EL CONDE.

¿ Eso pensó ? ¡ Por mi fé
Que eres, Felix, un villano !

ROBLEDA.

Yo se lo dije tambien
Mas á fuerza , dijo airado ,
Que obtendria de contado
Lo que no de bien á bien.

DON FELIX.

Pues bien , padre...

EL CONDE.

Calle el necio.

Robleda , tú has peleado
En otro tiempo á mi lado
Y siempre te tuve aprecio.
No , por mi vida , no es justo
Que pagues solo la pena
De culpa que ha sido agena ;
No has de partir, es mi gusto:

La posesion te concedo
De todo el valle que habitas ;
Y ve si mas necesitas
Que agradecido te quedo.
Y tú niña olvida á ese hombre
Que no es en verdad razon
Que tenga tu corazon
Quien no ha de darte su nombre.
Otro encontrarás mejor
Pues la dueña de este valle
Marido es fácil que halle
Si no conde , con honor.

EL CONDE DE ROBLEDA.

La proteccion agradezco
Señor , mas es castigarme
A que me quede obligarme
En un lugar que aborrezco.

EL CONDE.

Entiendo tu repugnancia
Robleda , mas he curado
De que vivas descuidado ;
Enviaré á Felix á Francia.
Y aqui el conde de Aracena

(44)

Volviendo el rostro á su hijo
Funciendo el ceño le dijo
Con voz decidida y llena :
Y ahora vos caballero
De hinojos ante ese anciano
Pedidle á besar la mano.

ROBLEDA,

¡ A mi , señor !

EL CONDE,

Yo lo quiero

DON FELIX,

Padre y señor , si esto es
Para vos buen desagravio
Con gusto pondré mi labio
No en sus manos , en sus pies.
Mas ved que mi corazon,..

EL CONDE (*interrumpiéndole.*)

No hay mas en ello que hablar.
Yo dél os sabré arrancar

Tan indigna inclinacion.

¡Hincaos : besad: muy bien!
 Ahora montad é id delante,
 Mas id de mejor talante
 Por la estrella de Belén.

Y si quereis desde ahora
 Que mi cólera no estalle ,
 Olvidaos deste valle
 Y no penseis en Aurora.

Dios sea contigo, Robleda,
 Y ahora á escape, señores,
 Que estarán mis cazadores
 Esperando en la alameda.

Salió la gente del conde
 Tras él á escape resuelto
 Pero no sin haber vuelto
 Los ojos Félix á donde

Su Aurora en llanto deshecha
 Recoge aquella mirada ,
 Que acaso la desdichada
 Como la última aprovecha.

Mientras los pudo alcanzar
 La vista sobre ellos tuvo
 Cuando perdido los hubo
 No pudo con su pesar.


Huyó de su alma el valor

Que hasta allí la habia asistido
Y al fin cayó sin sentido.
¡Tan tirano era su amor!

IV.

Cumplió su palabra el Conde
Y envió á don Félix á Francia ,
Porque son tiempo y distancia
Grandes contrarios de amor.
El Conde está satisfecho
Y estálo tambien Robleda ;
Aurora es solo quien queda
Abismada en su dolor.

Don Félix va caminando
Apesarado y mohíno
Aliviando su camino
Con las memorias de ayer.
Mas mozo ilustre que al mundo
Hoy sale por vez primera
¿Quién sabe si alli le espera
Felicidad y placer ?



Siempre en el negro castillo
 De su familia encerrado
 Mas fortuna no ha llegado
 Ni mas gloria á concebir ;
 Toda su ambicion silvestre
 Se redujo á sus vasallos,
 Sus perros y sus caballos:
 Eso fué su porvenir.

Mas si dichoso en la corte
 Y afortunado en la guerra
 Fama se conquista y tierra
 Con bien merecida prez ;
 Si el hidalgo de provincia
 Allá en pais estrangero
 Venturoso aventurero
 Medra en el mundo á su vez ;

Si envuelto en el torbellino
 Del lujo y de la grandeza
 Altivo con su nobleza
 Y fiero con su favor
 Avasalla á la fortuna ,
 ¿Quién de que viva responde
 En el corazon del conde
 Del campesino el amor ?

La juventud es la fuerza ,
 La imprevisión la osadía ,
 La juventud con un día
 De suerte amiga no mas
 Al golfo de la fortuna
 Sin brújula y sin estrella
 Se lanza, y voga tras ella
 Sin volver cara jamás.

La felicidad no existe ,
 La gloria es una mentira ,
 Mas solo la gloria inspira
 Hazañas de gran valer.
 La dicha es la incertidumbre
 En que estriba la esperanza,
 Y porque nunca se alcanza
 Damos tras ella en correr.

En pos de esa lumbre falsa
 Afanado siempre el hombre
 Acrecienta su renombre
 Y acrecienta su ambición.
 Y así fue grande Alejandro,
 Y así inmortal vive Homero
 Por su fortuna primero
 Despues por su corazón.

Eso es el hombre , deseos,
 Ambicion , fortuna , gloria:
 Eso es su vida , su historia,
 Del hombre es siempre el valor.
 Mas la muger... ¡ desdichada !
 Débil y hermosa nacida,
 El amor solo es su vida,
 Su porvenir el amor.

Mientras el hombre combâte
 Con la fortuna contraria,
 Ella triste y solitaria
 Orando por él está:
 El hombre egoista , avaro
 Piensa en sí mismo primero,
 Y el corazon todo entero
 Ella entre tanto le da.

¡ Pobre Aurora ! en vano tiendes
 Los ojos desconsolados
 Por los peñascos quebrados
 Que fuera del valle dan;
 En vano pasas tus dias
 De silencio y pesadumbre,
 De tu escasa incertidumbre
 Acrecentando el afan.

«¿ Si volverá ?» --- se pregunta
 Todos los dias Aurora.
 «¿ Que hará don Félix ahora ?»
 En eso piensa no mas.
 Verle venir á lo lejos
 A cada instante imagina,
 Mas la ilusion peregrina
 No se realiza jamás.

En vano el viejo Robleda
 Consuelo estéril la ofrece
 Su duelo no desvanece
 La verdad ni la razon.
 Si acaso muestra en sus lábios
 Al buen viejo una sonrisa,
 Una lágrima le avisa
 De que pena el corazon.

Y pasa dia tras dia,
 Consúmese hora tras hora,
 Mas no consuelan á Aurora
 La razon ni la verdad:
 Los dias pasa en silencio,
 Pasa las noches llorando,
 Continuamente arraigando
 Su amor en la soledad.

«No llores , mi bien , la dice
»Desolado el pobre viejo :
»Al fin es mejor consejo
»Lo que se pierde olvidar.»
Y ella responde:-- «Perderle
»¿ Por qué ocultar que me pesa ?
»Ya sé que mi suerte es esa,
»Mas dejádmela llorar.»

»Yo os prometí , padre mio,
»No verle mas , no buscarle,
»Mas no prometí olvidarle,
»Que fuera imposible á fé,
»Su imágen está con fuego
»En mi corazon grabada,
»Y eternamente guardada
»En él la conservaré.»

--- «¿ Y piensas , pobre inocente ,
»Que él conservará la tuya ? »
--- « Padre , quien quiera le arguya
»Por la palabra que dió.
»El será mi pensamiento
»Mientras me dure la vida,
»Si él , padre mio , me olvida
»No he de culpárselo yo.

« Solo su bien es mi anhelo
 » Y si á mi costa ha de hallarle,
 » Quiera logrársele el cielo
 » Si es venturoso sin mí. »
 Asi á su padre llorando
 Dice la infeliz Aurora,
 Y el viejo oyéndolo llora
 Porque el triste lo cree así.

Y en esta penosa calma,
 En esta intensa amargura,
 Sin menguar su desventura
 Pasaba el tiempo veloz.
 Afanábase Robleđa
 En consolar á su hija,
 Mas ella en don Felix fija
 Desatendía su voz.

Pasaba el dia , la triste,
 Al pie del cerro vecino
 Siempre mirando al camino
 Con insensata avidez,
 Continuamente sentada
 En la pradera florida
 Donde le vió á su partida
 Por la postrimera vez.

Y el desdichado Robleda
Que ciego la idolatraba,
Veia bien que la ahogaba
Su inestinguible dolor.
¡ Pobre viejo ! ¡ con qué gusto
Toda su sangre vertiera
Para sofocar la hoguera
De aquel insensato amor!

V.

En una tarde de julio
Que los nublados embozan
Del Sol cubriendo los rayos
Tras de su cortina lóbrega,
Del arroyuelo á la márgen
Está la infeliz Aurora
Embebecida la mente
En lisonjeras memorias.
Pálida y desencajada
Aunque atractiva y hermosa
Piensa en que el año se cumple
Y su don Felix no torna.
¡Un año ! Y la pobre niña
Aun siente devoradora
De su amor la eterna llama
Que el tiempo apagar no logra.
Un año vá á hacer que ausente
Del dulce dueño que adora,

Aún de su vuelta conserva
 Una ilusion mentirosa.
 Aún sale todas las tardes
 A contemplar á sús solas
 La senda por dó solia
 Bajar por entre las rocas.
 Aún vuelve los tristes ojos
 Con esperanza engañosa
 Creyendo verle á lo lejos
 Doblar la empinada loma.
 Mas nunca llega don Felix;
 Jamás amiga persona
 Trae carta ó noticia suya
 A la enamorada Aurora.
 Y ella sin embargo espera,
 Mas ¡ ay ! ¡ esperanza loca !
 El año entero se cumple
 Y su don Felix no torna.

Y estaba pensando en ello
 Meditabunda y llorosa,
 Cuando en el fin del camino
 Distinguir creyó una sombra,
 Que se deslizaba rápida
 Por la vereda tortuosa,
 Aclarando sus contornos
 Segun la distancia acorta.

No es ilusión esta vez;
 Un bulto de humana forma
 Es la aparición. Los ojos
 Se la saltan de las órbitas.
 ¡Con cuánta ansiedad y ahínco
 En el que viene los posa!
 Sondear quisiera con verle
 Su nombre, su ser, su historia.
 Y en tanto desciende al valle
 La aparición venturosa
 Que es un viejo peregrinón
 Con su bordon y sus conchas.
 Ágil y récio de miembros,
 Su larga edad no le estorba
 Para caminar, y apenas
 Sobre su baston se apoya.
 Cana la barba y crecida,
 Talante y faz magestuosa,
 Vaga sonrisa en los lábios
 Mirada escudriñadora.
 Tal era aquel extranjero
 De cuya agradable boea,
 Oyó Aurora un «Dios te guarde.»
 Tras de sonrisa amistosa,
 Y ella atenta contemplándole
 Por si tal vez le conozca,
 Volvióle la cortesía

Con un «vengais en buen hora.»
Quedaron ambos un punto
En actitud silenciosa
Trabando entrambos á poco,
Un diálogo en esta forma.

EL PEREGRINO.

¿Qué haces en medio del campo
Con la tormenta tan próxima
Pobre niña?

AURORA.

---Ya lo veis
Llorar.

EL PEREGRINO.

¿Y qué es lo que lloras?

AURORA.

Mis desventuras, señor.

EL PEREGRINO.

¿Tan joven y ya te acosan
El corazon las desdichas?

AURORA.

Cada dia se redoblan.
Mas perdonadme estrangero
Si mi pregunta os enoja,
Y á vuestra edad sin respeto
Os interrumpo curiosa.
¿Venís de Francia?

EL PEREGRINO.

Es mi patria.

AURORA.

¿Y la habeis andado toda?

EL PEREGRINO.

Toda la conozco á palmos
Desde una punta á la otra.

¿ Mas qué te suspende niña ?
¿ Qué empacho pueril te estorba
Finalizar tu pregunta ?
Nada me has dicho hasta ahora.
Si acaso en Francia se hallare
Alguna madre amorosa...

AURORA.

No la tengo.

EL PEREGRINO.

Algun hermano...

AURORA.

Tampoco.

EL PEREGRINO.

Alguna persona
Querida... Tal vez la misma
Ocasión de tus congojas.

AURORA.

Pues bien, anciano, es muy cierto.
Hay una cuya memoria
De mi no se aparta nunca.

EL PEREGRINO.

¿ Un hombre?

AURORA.

Si.

EL PEREGRINO.

¿ De española

Sangre nacido?

AURORA.

En sus reyes

Origen su sangre toma.

EL PEREGRINO.

¿Pasó á Francia?

AURORA.

Por mi culpa.

EL PEREGRINO.

¿ Le amabas ?

AURORA.

Mucho.

EL PEREGRINO.

¿ Y se nombra ?

AURORA.

Don Felix es de Aracena.

EL PEREGRINO.

¿ Altivo ?

AURORA.

Y galan.

EL PEREGRINO

¡ Dichosa

La muger que para suya
Tan buen caballero escoja!

AURORA.

¿ Le conoceis ?

EL PEREGRINO.

Sí por cierto,
Que es conocerle gran honra.

AURORA.

¡ Hablad por Dios !

EL PEREGRINO.

La fortuna

Le acude con mano pródiga.
 Mas liberal cada dia,
 De dicha y de honor le colma.
 La Francia entera le aplaude,
 Y vá su nave orgullosa
 Por el mar de los favores
 Navegando viento en popa.
 El sabio Rey Luis Onceno
 Con ciega pasion le adora;
 Y el príncipe sin empacho
 Le admite en su misma alcoba;
 Con ellos á caza sale,
 Gran fama con ellos goza
 De entendido y de valiente;
 Y aunque parezca lisonja,
 No fue mejor caballero
 Con el Rey Luis á Borgoña.

AURORA.

¡Callad , buen viejo , callad!
 Que la ventura me agobia
 Al oir tan gratas nuevas.
 Mas decidme , ¿ tanta gloria,
 Buen peregrino , del alma
 Le habrá arrancado ambiciosa
 El amoroso recuerdo

De su abandonada Aurora?

EL PEREGRINO.

¡ Ay ! todo el tiempo , hija mia ,
Lo confunde y lo trastorna ,
El curso á los rios tuerce
Y las montañas desploma .

AURORA .

Basta , peregrino , basta ,
Que siento que sangre brotan
Las mal cerradas heridas
Que mi corazon destrozan .
¿ Con qué me olvida ?

EL PEREGRINO .

Lo ignoro .

AURORA .

¿ Mas no sabeis ? ...

EL PEREGRINO.

Que ama á otra.

AURORA.

¡ Triste de mí ! Si él me falta
Todo lo demas me sobra.

Ya estas palabras sintiendo
Que las fuerzas la abandonan
El estrangero los brazos
Tendió á la infeliz Aurora.
Cayó sin sentido en ellos
Y él blandamente dejóla
De la florecida yerba
Sobre la mullida alfombra.

Y ya á lo lejos se oía
 De trueno el cóncavo són.
 Zumbaba el viento arrastrándose
 En torbellino veloz,
 Mas sin templar de la atmósfera
 El álito abrasador.

Caían de cuando en cuando
 Precursoras del turbion
 Anchas y redondas gotas
 Que se tornaban vapor:
 Y amedrentadas las aves
 De abrigo preciso en pós
 Cruzaban el aire denso
 Sin segura direccion.
 Solo el salvage milano
 Con vuelo fascinador
 Suspendido se cernia
 En la azulada region,
 Y á la impetuosa tormenta
 Precediendo sin temor,
 Giraba en círculos sesgos
 Graznando en áspero son.

La senda con lento paso
 De su alquería tomó
 Aurora, saliendo apenas
 De su honda enagenacion,
 Y por la arenosa márgen

(69)

Del arroyo saltador

Hasta el umbral de su puerta

Meditabunda llegó.

Alli arrancando un suspiro

Del fondo del corazon,

¡ Qué hará don Felix ! — Se dijo,

Y á su aposento subió.

VI.

Y yendo dias y viniendo dias,
Y Aurora sin ceder en sus manías,
Un año se pasaba y otro año
Sin que entendiera nunca el desengaño.
Sueño no mas creyendo al peregrino
Creía sin embargo en la firmeza
De don Felix , agüero sospechándolo,
Mas feliz esperando su destino
Cuanto cierta su dicha y su riqueza.

¡ Tal es nuestra locura !
Nunca creemos mas de los agüeros
Que la parte de bien y de ventura:
Si allá en noche afanosa
Negro , espantoso , aterrador ensueño
Con tenaz pesadilla nos acosa,
Su memoria azarosa
Olvidar procuramos con empeño
Cual creacion del alma vaporosa.

Mas si dulce ilusion blanca y risueña
 Nuestro reposo encanta,
 Al punto la juzgamos
 De grato porvenir ilusion santa.
 Asi pensaba Aurora
 La vuelta de don Felix esperando
 Fiada en su palabra engañadora;
 Siempre en su cierta ingratitud dudaba,
 Mas siempre en la fortuna ,
 La fama y los honores que adquiria
 Creía sin cesar , sin ver que fuesen
 Visiones de su amante fantasía.

Y siempre en la ladera
 Del manso arroyo con afan sentada
 Por la senda tendia
 La vista enamorada
 Creyendo que don Felix volveria.

Embebida en tan dulces pensamientos
 Una tarde de julio calurosa
 Descansaba la niña fatigada
 Del arroyo á la márgen arenosa:
 Los ojos en el cielo
 En lágrimas de amor humedecidos
 Distruida fijaba
 Sin fé ni objeto por su azul perdidos,
 La imágen de don Felix
 Mas que nunca amoroso,

Mas que nunca galan veia acaso
 Que á su valle volvia
 Con ciego amor y presuroso paso.
 Y ella ufana á su vez con su hermosura
 Los brazos le tendia
 ¡ Mas ay que la vision nunca venia !
 Siempre, si, de sus bellos pensamientos
 La efimera ventura
 Deshacia de un soplo
 Su secreta y fatidica amargura.
 Siempre se hundian sus dorados sueños
 En el mar de sus lágrimas, y al cabo
 Sus delirios no mas siendo la suerte
 Que aguardaba dichosa,
 Miraba al porvenir ... y no veía
 Mas esperanza que la tarda muerte,
 ¡ Pesadilla fatal que la oprimia !
 Y aquella bienandanza
 En que soñó á don Felix, la privanza
 Que en Francia con el príncipe gozaba,
 Todo cuanto la dijo el peregrino
 La idea de otro amor la emponzoñaba.
 Todo era en su opinion sueño y mentira,
 Todo ilusion de su alma enamorada
 Mas ¡ cuánta fé, cuánto placer la inspira
 Su esperanza infundada !
 Y al par ¡ con cuán fundada incertidumbre

Su dichosa ilusion tenaz conspira
 De su amor á que dude despechada !
 ¡ Ay , desdichada Aurora,
 Cuán arraigada la memoria guardas
 Del ingrato amador á quien aguardas !
 ¡ Con cuánta fé tu corazon le adora !

Y asi sin claro objeto
 Y sin clara razon la pobre niña
 Presa infeliz de su dolor secreto
 Enamorada llora,
 Y del límpido arroyo en la ladera
 Siempre en su amor sin esperanza espera.

Y en él estaba pensando
 Meditabunda y llorosa,
 Cuando en el fin del camino
 Distinguir creyó una sombra
 Que deslizándose rápida
 Por la vereda tortuosa
 Se aclara y se patentiza
 Segun la distancia acorta.
 Tembló de pavor al verla,
 Que no es ilusion ahora
 De su ardiente fantasía
 Sino realidad odiosa.
 Es el mismo peregrino

Que ha vivido en su memoria
Dos largos años , imágen
De un sueño amedrentadora.
El és , con su blanca barba,
Su paso y faz magestuosa
Su indefinible sonrisa ,
Su mirada escrutadora,
Con su sayo penitente
Y su bordon y sus conchas.
El es , sí : y á su presencia
Todo lo comprende Aurora.
Toda la verdad del sueño
A su mente se la agolpa
Con el certero puñal
De una exactitud diabólica.
Don Félix rico y dichoso
Cuya nave va orgullosa
Por el mar de los favores
Navegando viento en popa;
Herederó del condado
Que muerto su padre goza,
Querido del rey de Francia,
Celebrado en toda Europa
Por entendido y valiente ,
Sin ayos que se interpongan...
Mas de su amor olvidado
Y enamorado de otra.

Todo esto en su mente bulle,
 Todo esto el alma la acosa,
 Como horrible desencanto
 De esperanza engañadora.
 Y ella... necia sin ventura
 Que de firmeza blasona
 Conserva de quien la olvida
 La ingrata imagen que adora!
 Si aun era sueño dudaba
 Cuando á sus oídos próxima
 Oyó una voz que decia
Dios sea contigo, Aurora.»
 Rompió á llorar escuchándola
 La muchacha, y su congoja
 Respetando el peregrino
 Tras larga pausa así hablóla.
 —¿Aun vives niña y aun amas?
 ¿Y aun el raudal no se agota
 De tu llanto y de tu vida?
 ¡Fortuna infeliz te toca!

AURORA.

¿Con qué es verdad que á don Felix
 Protege fortuna pródiga,
 Y en honores y riquezas
 Consigue cuanto ambiciona?

¿Con qué es verdad y no sueño
 Que ha dos años vuestra boca
 En esta misma ladera
 Me dijo que amaba á otra?
 ¡ Ah ! quien quiera que seais
 Hombre , ó vision ilusoria
 Que desde Francia venís
 No mas que á apagar la antorcha
 De mi esperanza , volveos,
 Tornad á esa Francia odiosa
 De donde venir no pueden
 Mas que sierpes ponzoñasas.
 Idos, buen viejo, y dejadme
 Con mis pesares á solas,
 Dos años há que os conozco
 Y en vos no creí hasta ahor

EL PEREGRINO.

¿ Y no me preguntas nada?

AURORA.

Cuanto me digais me sobra
 Si Felix no vuelve.

EL PEREGRINO.

Nunca.

AURORA.

¿Con que es ella tan dichosa
Que en las redes de su amor
Para siempre le aprisiona?

EL PEREGRINO.

Para siempre.

AURORA.

¿Tanto le ama?

EL PEREGRINO.

Ambos con furor se adoran.

AURORA.

¡Fortunade de él!

EL PEREGRINO.

Sin duda
Pues cuanto apetece logra.

AURORA.

¿Y ella es muy noble?

EL PEREGRINO.

Duquesa.

AURORA.

¿Jóven?

EL PEREGRINO.

Mucho.

AURORA.

¿Y muy hermosa?

EL PEREGRINO.

Toda alabanza es escasa.

AURORA.

¡ Ojalá Dios les dé toda
La dicha que les desea
? Quien por sus venturas llora !

EL PEREGRINO.

¿ No le amas ya pues tan fácil
Su ingratitud le perdonas ?

AURORA.

Cual nunca de sus recuerdos
El fuego ¡ ay Dios ! me devora :
Si , mas yo solo á quien amo
Deseo fortuna y gloria .

EL PEREGRINO.

¡ Mas si él te ultraja ! ...

AURORA. III

En amarlo

Yo pago una deuda propia ,
Si me olvida , cuenta es suya.

EL PEREGRINO. III

¿ Mas no de otro amor celosa....?

AURORA. III

No , si él es feliz con ella ,
El no serlo yo ¿ qué importa ?
¿ Por qué la ventura agena
querré turbar envidiosa ?
No , que gocen y que nunca
Les enoje mi memoria.

Y aqui el raudal enjugando
De sus lágrimas Aurora
Quedó al parecer tranquila:
Mas ¡ ay ! calma mentirosa,
porque dentro de su pecho
fermenta devoradora
la llama de sus pesares,
Que ni extingue ni sofoca

La virtud que la consuela
Pero que su amor no doma.

Absorto ante esta sublime
Abnegacion generosa
Al fin el viejo estrangero
Dejó correr turbia sola
Por su tostada megilla
De amargo llanto una gota.
Y Aurora tornando el rostro
En cuya faz amorosa
Distinto aspecto sus rasgos
Y estraño carácter toman,
Dijo así con voz dulcísima,
Mas firme y fascinadora,
A la que Aurora no pudo
Permanecer silenciosa.
—¿Ningun deseo te resta
Que te se pueda lograr?

AURORA.

Solo imaginarlo es dar
En necesidad manifiesta.

EL PEREGRINO.

¿Quisieras volverle á ver?

AURORA.

Si, siempre verle quisiera
 Mas sin que él verme pudiera
 Que fuera aguar su placer.

Si, en ser eterno testigo
 De su ventura me holgara
 Pero sin que él sospechara
 Que estaba siempre conmigo.

Verle, oírle, noche y día,
 Poder cual ángel de Dios
 Ser continuo entre ellos dos,
 Espíritu de armonía.

Inspirarle siempre fé,
 Siempre amor, siempre ventura
 Y encontrar mi sepultura
 De su sepultura al pie.

Mas esto, buen peregrino,
 Ya veis que es delirio necio!...
 La voluntad os aprecio
 Mas seguid vuestro camino.

EL PEREGRINO.

*No hay cosa que alguien no pueda:
 Y nadie en la tierra sabe*

*Lo que en lo posible cabe,
Lo que en lo imposible queda*

Esto contestó aquel viejo
A la propuesta de Aurora
A punto que por la tierra
Se derramaban las sombras.
Cerraba la noche oscura,
Tan negra y tan tenebrosa,
Que no alcanzaban los ojos
A la distancia mas corta.
El viento lánguidamente
Suspiraba entre las rocas
Y alzaban triste murmullo
Las casi agotadas hojas.
Con grande inquietud Robleda
De gran pesar precursora,
De los elementos via
La revolucion medrosa.
Pavor sentia su alma,
De noche tan densa y lóbrega,
En que imagina su suerte
Tan negra como la atmósfera.
Y ante una ventana abierta
Enterrado en su poltrona
Al cielo sin luz miraba
Con faz y con vista torva.

¿ Qué espera allí ? Lo que nunca
 Volverá á ver mas; su Aurora.
 Su amor , la luz de sus ojos,
 El aliento de su boca.
 ¡ Ay padre; infeliz ! bien haces
 En llorarla : llora , llora,
 Que no has de volver á verla
 Porque el amor te la roba.

En ¡ vano al ver que se pasan
 De la noche horas tras horas,
 Por todo el valle la busca
 Con ansiedad congajosa.
 En vano de los peñascos
 Por las quebradas recónditas
 Con tristes voces la llamas,
 Cuando á tu voz está sorda.
 En vano vas al castillo
 Donde los restos reposan
 Del viejo conde , y preguntas
 A sus gentes lo que ignoran.
 En vano sí , al pie del busto
 Que su sepulcro corona
 Con supersticion sencilla
 Humildemente te postras.
 En vano, sus pies besando
 De piedra insensible y tosca
 Le ruegas que como en vida

Vele por él y su honra.
En vano le dices -- « Conde
Mira que es mi única joya.
Y aun vive tu hijo... ¡Levántate
Entre el seductor y Aurora! »

La estatua no te responde,
Ni dentro la huesa cóncaba
Aunque tus ayes retumben
Encontrarán quien los oiga.

No , no. La buscas en vano;
Vé , ya en el Oriente asoma
La Aurora del nuevo día
Mas no volverá tu Aurora.
Grande misterio la esconde,
Grande voluntad la estorba
A tus fatigados brazos
Volver bella y cariñosa.

Solo te quedan , buen viejo,
Los ojos y la memoria,
Para llorarla perdida.
Llora, desdichado, llora.

VII.

En una selva del Garona á orillas,
De antiquísimos robles rodeado,
De recios chopos y hayas amarillas,
De almenas y de torres coronado
Un enorme castillo se levanta;
Y el viajero mirando se amedrenta
Tanto artificio y fortaleza tanta;
Que es por demas su fábrica opulenta.

Profundos y anchos fosos le circundan,
Cuyos cóncavos senos
Las turbias aguas del Garona inundan;
Y dos seguros y macizos puentes
De gruesas barras y cadenas llenos
Dos caminos franquean diferentes,
Que á poco de la obscura fortaleza
Se pierden de la selva en la maleza.

Por cima de los árboles copudos,
Afrenta audaz de su estatura enana
Y sus silvestres pabellones rudos,

La gigantesca torre
 De los vijias se levanta ufana
 Ceñida de esquisita filigrana
 Que al encaje sutil parejas corre.

Allí á merced del ábrego tendida
 De remate sirviéndola tremola
 Una bandera sola :
 Y esa bandera sobre el bosque erguida
 De aquella tierra protectora ejida
 Es bandera feudal, y es española.

Sí, española ; que entonces nuestra España
 No era menguada y voluntaria presa
 De la ambicion y la doblez francesa ;
 Y á la extranjera posesion estraña
 Para lavar con sangre una mancilla
 Podia en solo un Sol con justa saña
 Tercios y buques aprontar Castilla ,
 Y su fiero Leon pronto á la guerra
 Con un rugido amedrentar la tierra.

Era española, sí; su lienzo rojo
 Mostraba de un blason en los cuarteles
 De Aragon y Navarra los laureles
 Los timbres de Leon y Andalucía
 Que siempre con acérrima hidalguía
 A su Dios fueron y á su patria fieles.

En esta solitaria fortaleza
 Cansado de las cuitas cortesanas

Y de sus nécias ceremonias vanas
 En los brazos del ocio y la pereza
 Un conde jóven y español vivia ,
 En bailes y festines repartiendo
 Las horas de la noche , y eligiendo
 Para la caza ó la sortija el dia.

Con él iba á la par su bella esposa ,
 Y á celebrar sus bodas les seguia
 Comitiva de amigos numerosa ,
 Llenando sus efimeros deseos
 Los mas alambicados devaneos.
 Séquito de escuderos y vasallos
 Y sumas de dinero nunca escasas ,
 Proporcionaban cañas y torneos
 Luchas de fieras , puestas de caballos ;
 Y zambras de cristianos y de moros
 Ricamente dispuestas y vestidas ,
 Y aun con gasto excesivo prevenidas
 Corridas hubo de navarros toros.

Admirados quedando los franceses
 De ver un español que con destreza
 Rendia audaz de las pujantes reses
 A un trapo y un estoque la fiereza.

Y asi el señor don Felix de Aracena
 Gozaba en su castillo del Garona
 De su reciente union la enhorabuena ,
 De conde y duque doble la corona.

Y orgulloso además , (que al cabo era
En España nacido)

De continua fortuna lisongera
Por demas protegido ,

Mozo , rico, y feliz con la que amaba,
De su ventura y juventud gozaba.

¿Y quién su antojo reprochar podría?

¿Quién su suerte ¡pardiez! no envidiaría?

Era una noche azul , serena y clara ;
Resplandecía en el cenit la luna

Sin que perdida nube la manchara
Ante su faz cruzando inoportuna.

Lánguida brisa de campestre aroma
Bullir entre los árboles se oía

Y allá del monte en la encumbrada loma

El manantial de la fecunda fuente

Brillar al lejos con su luz se vía,

Por un peñasco al resbalar pendiente.

El desigual murmullo campesino
Del bosque espeso , á su raudal vecino

Ensondecia el rápido Garona

Hirviendo sin cesar allá en la hondura ,

Y su rugiente voz lanzando osado

Del monte enmarañado

Por la frondosa y lóbrega espesura,

Ya Dentro del castillo no sonaba
 El son de los alegres instrumentos
 Que el oído á sus dueños regalaba
 Hartos de fiesta y de pesar exentos.
 Mas se vian aun por las ventanas
 Cruzar las luces y la sombra errante
 Que de atentas camareras cortesanas
 Viejo escudero , ó pajecillo amante
 Que de la estancia oculta retiraban
 Donde ya sus señores reposaban,
 Y aunque ya no se oían de contado
 Las váquicas canciones
 Aun se via el servicio descuidado,
 Las mesas del festin en los salones.
 Y ya á su fin tocaba la carrera
 De la noche apacible
 Y la luna á su hora postrimera
 Cuando en su rica y silenciosa estancia
 Bajo el dorado pabellon del lecho
 La duquesá Clotilde con su esposo
 A impulso del amor que arde en su pecho
 En el lenguaje de la culta Francia
 Asi seguia diálogo amoroso.

CLOTILDE.

No es feliz adorado

Mostrar que mancha en tu pasión sospecho
 Tu historia demandar : te has engañado.
 Solo intentaba pues rebelde el sueño
 Nos niega su benéfico beleño
 Entretener nuestra tenaz vigilia
 Con divertida historia ;
 Y sin pensar me vino á la memoria
 Recuerdos demandar de tu familia.

DON FELIX.

Aleja de ella, mi Clotilde hermosa
 Toda sospecha ruin ; y no te crea
 Por ignorarla sin razon zelosa ;
 Yo te la contaré tal como sea,
 Aunque por muy vulgar es fastidiosa.

CLOTILDE.

Y yo la escucharé grata y atenta.
 Celebrando sus lances,
 Sintiendo sus percances
 Y teniendo á la par tus travesuras
 De tu inesperta juventud en cuenta.

DON FELIX.

Pues escúchame ya ¡ Clotilde mia!
Juveniles locuras y un momento
De sonrisa que logren arrancarte,
Será mi recompensa y mi contento.
Y si el cuento monótono te auxilia
En brazos á caer de manso sueño
Ese favor de más ¡oh dulce dueño!
Deberémos los dos á mi familia.

CLOTILDE.

Empieza , Felix mio , que te escucho,
Y estoy por tu relato
Mucho antojada, y cuidadosa mucho.

DON FELIX.

Nací español ; lo sabes por mi trato
Franco y leal , y por mis nobles hechos;
Que no hay en mi pais doblez ni engaños!
En palabras de nobles , ni en sus pechos
Miras serviles , cábalas , ni amaños.
Era mi padre conde de Aracena.
Para avaro heredero corto estad o

Mas posesion muy buena
Y herencia suficiente
Para heredero jóven y valiente
Con humos y esperanzas de soldado.
Pasé mi juventud en un castilo
De Aracena , entregado
A un preceptor escueto y amarillo
Cuya cabeza vana
De lógica encerraba mas cuestiones
Que girones y puntos su sotana.
Este me hacia leer la antigua historia,
Mucho inútil latin y mucho griego
De fárrago atestando mi memoria
Que lo aprendia y lo olvidaba luego.—
Este viejo Fermin que habita ahora
Con nosotros aqui , franco soldado
Como niño á tratarme acostumbrado,
Ducho en caballos y en combates diestro
Cuando á próvida edad hube llegado
De armas y equitacion fue mi maestro.
Y puedes colegir, Clotilde mia,
Por tan ilustre y célebre colegio
Lo que la suerte de mi hogar sería.
Aunque en Dios y en verdad que tengo oido
Que mi padre vivia en aquel tiempo,
De la corte y del Rey muy mal querido
Por no sé qué opiniones de partido.

Y aquí, bella Clotilde,
Tu indulgencia reclamo
Ya que á tal confesion me avengo humilde.

CLOTILDE.

¿ Hay algun pecadillo
De amor?

DON FELIX.

Precisamente
La ocasion de salir de mi castillo,
Que fué de esta manera.

CLOTILDE.

¡ Bravamente !
Pláceme el cuento así, franco y sencillo.

DON FELIX.

Tenia entonces yo veinte y dos años,
Fieros con mi selvática nobleza,
Los riesgos del amor me eran estraños,
Y con mil esperanzas y deseos
Tenia, de una vez y sin rodeos,

Fuego en el alma y aire en la cabeza,
 Allá en mi mente un mundo comprendia
 Que no era el mundo real, con largo trecho,
 Pero era un mundo como ser debia,
 De mis ideas miserables hecho.
 Yo, reducido al círculo mezquino
 D mi desmantelado castillejo
 De un valle á él vecino,
 Y un pueblecillo viejo;
 Sin mas ocupacion que los sermones
 Del preceptor, católico latino,
 Los perros , los caballos , los halcones,
 Sin mas servicios que correr la sierra
 Al javalí y al ciervo haciendo guerra,
 Era un mozo en verdad muy decidido
 De quien con una direccion juiciosa
 Se podia sacar muy buen partido.

En este estado pues cruzando un dia
 El valle ameno á mi mansion cercano,
 En una aislada casa ó alquería
 Encontré una doncella
 Como los sueños de un muchacho bella,

CLOTILDE.

¿Bella?

DON FELIX.

Menos que tú ; Clotilde mia!

Mas de tu claro sol, vívida estrella,
 Hija de un militar viejo y lisiado,
 Que habia con mi padre en sus niñeces
 Como valiente con honor lidiado,
 Y aun salvado su vida varias veces.
 Yo mozo y tan travieso,
 Ella hermosa y tan pura,
 Yo rico de alma y ella de hermosura...
 Vine al fin á perder mi poco seso.
 La amé y me amó : con infantil locura
 De la pasión en brazos nos lanzamos,
 Y dos años vivimos
 Viéndonos siempre que ocasión hallamos,
 Fieles al par cuanto mejor supimos.

CLOTILDE.

¿Y la amabas?

DON FELIX.

La pobre zagaleja
 Sin duda por su padre sorprendida

Me iba á huir sin razon , ni despedida;
 Me opuse á tiempo , mas mi padre atento
 Me espiaba á su vez, y en un momento
 Nuestro amor se rompió y nuestra constancia
 Enviándome mi padre á hacer fortuna
 A las campiñas de la alegre Francia;
 Donde guerrero injerto en cortesano
 La suerte amiga me tendió su mano,
 Y la memoria del amor primero
 Se borró con el tiempo y la distancia,
 Aunque no mi deber de caballero.

CLOTILDE.

¿La amas pues todavía?

DOM FELIX.

¿A quién despues de ti , Clotilde mia?
 Mas ella la infeliz allí encerrada
 Con las aves no mas del valle oculto
 Acaso vivirá muy desdichada
 Por culpa de un mancebo , que insensato
 La juraba un amor que era imposible,
 Y que era fuerza que olvidara ingrato.

CLOTILDE.

¡ Y aun guardas su memoria inextinguible!...

De su diálogo aquí los dos esposos
Dulcemente llegaban
Cuando la bella historia les turbaron
Alaridos y gritos misteriosos
Que á la reja del cuarto en que se hallaban
En repentina música estallaron.

Oíase á lo lejos
Ródar la tempestad , arrebatada
En alas del revuelto torbellino;
Y en pós de los vivísimos reflejos
Del rápido relámpago rugia
La poderosa voz del ronco trueno,
Que la nube sombría
Dentro guardaba del preñado seno.
Del viento proceloso
Al vaiven vigoroso
Crujir se oían los tronchados robles,
Y de los puentes las cadenas dobles
Rechinar en los goznes sacudidos
Por el recio huracan estremecidos.

«¿ Oyes, Clotilde? preguntó don Felix
A su aterrada esposa:
Sin duda se ha formado de repente
Tempestad horrorosa.

CLOTILDE.

Yo no se qué temor me sobrecoje,
Felix, á ese rumor.

DON FELIX.

Hace un momento
Que en la enramada de la selva hojosa
Tranquilamente suspiraba el viento.

CLOTILDE.

¡ Mas escucha!... parece,
Felix, que esa ventana se estremece.

DON FELIX.

El vien to que se estrella
Con estrépito en ella.

Eso será.

DON FELIX.

Sí á fé.

CLOTILDE.

Mas parecia
Que alguna voz humana...

DON FELIX.

Pura imaginacion , Clotilde mia,
Solo las aves pueden
Llegar á esa ventana.

Mas la sangre de horror se heló en las venas
De los esposos nobles,
Y paso hallaban al aliento apenas
Al oír el diabólico ruido
Con que en aquella reja se efectuaba
Un misterio á los dos desconocido,
Mas cuya inmediacion amedrentaba.
Tras aquella ventana parecia
Que el espíritu negro de la noche

La tempestad horrenda dirigía,
 Allí agitado el viento
 En las caladas piedras estrellándose
 Bramaba airado con salvage acento
 En las molduras góticas rasgándose.
 Ya remedaba el suspirar doliente
 De angustiada muger ; ya murmuraba
 Como escondida fuente,
 Y á veces parecia
 Oirse en realidad , no en apariencia,
 Diabólico concierto que auguraba
 De séres invisibles
 La cercana presencia.
 Y entonces se mezclaba
 En desacorde son y grito horrible
 Detras de aquella reja
 El graznido fatal de la corneja,
 De la hiena irascible
 El áspero gruñido,
 De la tímida tórtola el arrullo,
 Del pardo lobo el prolongado ahullido,
 Y el agudo silbido
 De la sutil culebra,
 Y el trémulo relincho del caballo,
 Y el canto triunfador con que celebra
 Su victoria ó su amor el roneo gallo.
 De este tumulto á par se percibian

Palabras cuyo bárbaro sonido
Ofendia el oido,
Y que mucho á conjuros parecian.
Ya era un susurro sordo y soñoliento
Al son de las abejas parecido,
Ya era penado é íntimo lamento
Arrancado á un dolor fiero y profundo,
Ya el son ahogado del escaso aliento
Del último estertor de un moribundo.
Y acaso entre tan varios alaridos
Se perciben dulcísimos quejidos
De voz enamorada,
Voz de muger que trémula suspira,
Amorosas canciones
Que ciego amor á su pesar la inspira.
Y esta voz mugeril tierna y amante
De hondo misterio incomprensible henchida
Halagaba tal vez por un instante,
Pero dejaba luego
De pena el alma y de pavor transida,
Ya remedando interesante ruego
Ya congojosa y triste despedida.
Y estos aterradores
Fatidicos clamores,
Estas mil voces sin compás mezcladas,
Formaban tan fantástico conjunto,
Tan estraña y confusa bataola

Que el mas bizarro corazon si oyóla
Olvidó su valor de todo punto.
Don Felix, aunque asaz supersticioso
Y mucho á tal rumor amedrentado,
Saltó por fin del lecho
Y á la ventana se arrojó brioso,
De Santa fé fortalecido el pecho
Y de agudo puñal el brazo armado.
Abrió y en el instante
Repentino relampago
El aire opaco iluminó brillante;
Bocanada de viento reboltoso
Al aposento penetró ortentoso ;
Las gotas de la lluvia desiguales
Botaron de través en los cristales
Desparramadas resbalando al suelo;
Sin que se viera en la estension lejana
De la nublada cavidad del Cielo,
Mas que las nubes que en tropel seguian
De la tormenta el fugitivo vuelo.
—Ya la tormenta pasa
(Dijo don Felix en redor mirando)
Y por Oriente el horizonte arrasa.

CLOTILDE.

¿Que vés?

DON FELIX.

La lluvia , que en verdad no escasa
En pantano cambió toda la tierra;
Mas cesa ya.

CLOTILDE.

Pues cierra
Felix, que ese aire mata.

DON FELIX.

Cierro y durmamos , que se acerca el día,
Y si el aire las nubes arrebatá
Mañana harémos á mis ciervos guerra
Y otra vez tendrá fin la historia mia.

VIII.

Amaneció el siguiente

Limpio, sereno y luminoso día
Coronado de sol resplandeciente,
Y dispuesta al placer la noble gente
Que en el castillo á la sazón habia
Se aprestó diligente
Para pronta y alegre cazería.

Ordenaron los pródigos barones
A escuderos y pages y vasallos
Sus perros aprontar y sus caballos
Y las demas precisas provisiones.
El rumor de la fiesta en un momento
Retumbó de aposento en aposento,
Y atronaron los largos corredores
Con apodos, con trompas y con gritos
Guias, palafrencros y ojeadores.
Por los patios cundieron
Con gran tumulto y bataola fiera

Voces de mando y ruidos de quimera,
 Y tumulto de gente aglomerada,
 Y relinchos, y silbos, y ladridos
 En que rompió azuzada
 Toda impaciente la trahilla entera.

Al repentino estrépito
 Don Felix y Clotilde despertaron
 Y al ver del sol los vivos resplandores
 Dorar de las ventanas las junturas
 Al punto adivinaron
 La prisa de sus bravos cazadores.
 Ya del lecho á saltar iba don Felix
 Cuando Fermin su viejo camarero
 Leal aragonés encanecido
 En servicio del conde, y el primero
 Que á empuñar le enseñó tajante acero
 Y á domeñar un potro embravecido,
 Entró en el aposento alegremente
 Con franqueza exclamando aragonesa:
 ---¡«Voto á cribas! ¿aun duerme aqui la gente?
 Levantaos, señor, y daos priesa
 Que no quiero que os llame negligente
 Esa orgullosa multitud francesa.»
 Lo cual Clotilde oyendo
 Dijole sonriendo;
 Fermin, ¿qué audacia es esa?

Y el contestó la frase corrigiendo :

« Perdone mi señora la condesa ,
Francesa fué cuando doncella y sola
Mas unida á mi amo es ya Española. »
Con lo cual las cortinas apartando
El buen Fermin á su señor sirviendo
Pronto si no muy bien fuéle ataviando.

Y díjole don Felix :

A esos señores di que nos esperan
Que partan cuando quieran.

---¿Cómo, señor, y estando en vuestra casa...?

---Obedece, Fermin, que el dia pasa

Y nosotros al punto montaremos

Y á encontrarles iremos.

Salió el viejo , y don Félix

Ya vestida su esposa

Abriendo la ventana , exclamó al cielo

Mirando ¡qué mañana tan hermosa !

---Mas con lo que ha llovido, dijo aquella,

Debe de ser un cenagal el suelo.

A cuya reflexion bajando el conde

Los ojos, tropezó con un objeto

Del que no osaba mudo de sorpresa

Volverlos á apartar... y la condesa

Viendo que ni se mueve ni responde

Llegóse y apoyándose en su hombro

Siguió su vista, y el objeto hallando

Que contemplaba, enmudeció de asombro.

Pura , olorosa , fresca y solitaria
En una grieta que en el muro habia
Vejetaba una hermosa PASIONARIA
Que á los besos del aura se mecía.

Ocultas en el hueco sus raices,
Solo en el aire al parecer segura,
Mostraba sus riquísimos matices
De la pared sobre la piedra oscura.

Nacida en el dintel de su ventana,
Y en medio de sus góticas labores
Dijeran que la flor salia ufana
A ser vista no mas de sus señores.
Para ellos es la esencia soberana
Que exhalan sus purísimos olores;
Solo su mano alcanza á su guarida ,
Y en su mano no mas tiene la vida.

En un capricho de la esposa bella,
 En un deseo del galan esposo
 Puso Dios el influjo de su estrella,
 Y estriba en él su porvenir dudoso.
 Acaso adorne su beldad con ella
 Si halla Clotilde su valor precioso,
 Y él acaso la arranque y se la ofrezca
 Como oportuno adorno le parezca.

Mirábanla los dos y no podían
 Dejarla de admirar. ¡Qué hermosa era!
 Al sol sus verdes hojas se tendían
 La flor de su capullo echando fuera,
 Y una encantada tienda parecían,
 Cuyos lienzos plegando una hechicera
 El primoroso encanto que guardaba
 Bajo su rico pabellon mostraba.

Y al mágico poder de sus conjuros
 Sometida la flor por el encanto
 Los tornasoles de la luz mas puros
 Reverberaba su oloroso manto.
 Los del iris radiante eran oscuros,

Y no brillaban los del alba tanto
 Como los que la flor mostraba en ella
 Ante los ojos de la esposa bella.

Sí á fé : los de Clotilde parecían
 El espíritu y luz de sus colores;
 Con mas lujo y valor resplandecían
 Cuanto mas la miraban sus primores:
 De su cáliz así se desprendían
 Mas suaves y mas puros sus olores,
 Y á do Clotilde en rededor miraba
 Girasol de sus ojos se tornaba.

Si tendía su mano hasta cojerla
 Oscilaba á su tacto estremecida;
 Si acercaba sus ojos para verla
 Se esponjaba al favor agradecida;
 Si llegaba con su álito á mecerla
 Cobraba al recibirle doble vida,
 Y era en fin de su antojo tributaria
 La encantada y silvestre PASIONARIA.

(1111)

¿Cuándo ha nacido esa flor?
Dijo el Conde á la Condesa.
¿No has sido de esta sorpresa
Díjole ella, tú el autor?

DON FELIX.

¡ No , á fé mia !

CLOTILDE.

Yo pensaba
Que tu la hubieras traído.

DON FELIX.

No por cierto , ahí ha nacido.

CLOTILDE.

Artificio la juzgaba,
¿Pues cómo en piedra tan dura
Flor de tal delicadeza?

DON FELIX.

¡ Estraña naturaleza!

(112)

CLOTILDE.

¡Y mas estraña hermosura!

¿Mas la tormenta pasada
Como de ahí no la arrancó?

DON FELIX.

Antes creo que brotó
Con ella fecundizada.

CLOTILDE.

¡Raro portentoso!

DON FELIX.

Sí, á fé.

CLOTILDE.

Y que olorosa y que bella.

D. FELIX (*alargando la mano para cogarla.*)

Orna tu frente con ella.

CLOTILDE (*deteniéndole.*)

No la cortes, no.

DON FELIX.

¿Por qué?

CLOTILDE.

Es que viva privilegio
Que la quiero conceder,
Páreceme que ha de ser
Arrancarla un sacrilegio.
Pues ha venido á adornar
Mi ventana flor tan bella
Ha de mantenerse en ella
Y en ella se ha de agostar.
Sea un secreto su vida
Velado á todo importuno,
No quiero que por ninguno
Pueda ser apetecida.

DON FELIX.

Sea , pues, como tu quieres.

CLOTILDE.

Secreto es mio , lo he dicho ;
Ya sabes que en un capricho
Se esclavizan las mugeres.

DON FELIX.

No quiera Dios , alma mia,
Que ese capricho te estorbe
Quien corriera todo el orbe
Por tu sola fantasia.
Viva esa flor hechicera
Cuanto asi pueda vivir:
Y..... ¡ ha de pesarla morir
Siendo tu su jardinera !

Y asi hablando los esposos
Al viejo Fermin llamaron
Y ambos á dos afanosos
Cuidados muy officiosos
Por la flor le encomendaron.

DON FELIX.

Y viendo en el encinar
Correr ya los ojeadores
Para irlos luego á encontrar
Se mandaron ensillar
Sus dos caballos mejores.

Y viendo en el camino

Correr y los esportar

Para irlos luego á encontrar

Se mandaron casillar

Y se les dio el collar

IX.

Tres jornadas duró la cacería,
 Fecunda en reses y en azares vária,
 Y al volver la Condesa al otro día
 A visitar su linda Pasionaria
 Encontróla en la grieta todavía
 Pura , olorosa , bella y solitaria,
 Mas frescos y brillantes sus matices,
 Mas á la piedra asidas sus raices.

Las hojas de su verde enredadera
 Profusamente en su redor brotaban,
 Y muchas ya de la ventana fuera
 En sus ricas labores se enlazaban;
 Pero entre ellas la flor única era ,
 Mas capullos en ellas no apuntaban
 Ni anunciaban sus galas esquisitas
 Próximo el tiempo de ceder marchitas.

Y un día se iba tras otro,
 Y mas fresca y mas lozana
 Abria cada mañana
 Su tienda de hojas la flor,
 Como amante cuidadosa
 Que con el alba despierta
 Y abre en silencio su puerta
 A la señal de su amor.

La 'Condesa que hechizada
 Con su hermosa flor vivía,
 Pasábase todo el día
 Contemplándola crecer;
 Y cada vez el ramaje
 De su libre enredadera
 Mas rico y sombrío era,
 Mas lujurioso do quier.

Por do en el muro encontraban
 O en la prolija moldura
 Sus tallos una hendidura
 Prendian una raiz,
 Y de ella brotando pródiga
 Rama fecunda y lozana
 Entoldaba la ventana
 Fresco y silvestre tapiz,

A par que se iba cerrando
 Su enmarañado tejido,
 El tallo á la flor asido
 Iba creciendo á la par,
 Y del ameno follage
 La flor colgada en el centro
 Del arco quedaba dentro
 Entre uno y otro pilar.

Allí del sol y del viento
 Y del turbion guarecida
 Se prolongaba la vida
 De la misteriosa flor ;
 Y allí conforme pasando
 Iban los dias por ella
 Amanecía mas bella
 Y con hechizo mayor.

Y allí gozar dulcemente
 Larga existencia esperaba,
 Pues ella misma plantaba
 Donde vivir un vergel ;
 Y allí sin duda orgullosa
 A reinar sola venia,
 Pues ella se suspendia
 Su primoroso dosel.

Ufanos de poseerla
 Los dos amantes esposos
 Guardábanla cuidadosos
 De todo extraño desman,
 Y á fé que no se pasaba
 Un dia en que veces ciento
 No entráran en su aposento
 De la flor con el afan.

Para velarla á las aves
 De la ventana por fuera
 Tendieron una ligera
 Y sutilísima red,
 Y nadie entraba en su estancia
 Ni de noche ni de dia
 Pues solo á Fermin se hacia
 Tan señalada merced.

Allí pasaban las horas
 Los Condes enamorados
 Con su flor embelesados
 En sabrosa soledad;
 E íbanse mientras sus huéspedes
 Del castillo despidiendo
 Enojosa comprendiendo
 O inútil su sociedad.

Así olvidados y ajenos
 De amistades é intereses,
 Iban pasando lo meses
 En su castillo feudal,
 Sin ver que pronto vendria
 Lluvioso el invierno y crudo,
 Y de su pompa desnudo
 Seria el campo un erial.

Acostumbrados sus ojos
 A encontrar cada mañana
 Vejetando en su ventana
 Con nueva vida su flor,
 Tal vez identificóla
 Clotilde con su existencia,
 Divinizando en su esencia
 Su porvenir ó su amor.

Tal vez simpático afecto
 Hacia la flor la arrastraba,
 Y un ser oculto adoraba
 En su capullo gentil,
 Y acaso algun amoroso
 Espiritu desterrado
 Creia en ella encerrado
 Con sencillez infantil.

Le saludaba gozosa
 Cuando el capullo se abría
 Y al plegar le despedía
 Su nocturno pabellón,
 Como si en verdad pudiera
 El que aquella Pasionaria
 Algun alma solitaria
 Recibir su estimación.

El inocente capricho
 Su amante esposo reía
 A su loca fantasía
 Crédito dando tal vez,
 Pues era el amor su vida,
 Y en el amor hay instantes
 En que vuelven los amantes
 Del niño á la candidez.

Mas ya el abrasado agosto
 Trás julio ardiente pasaba,
 Y nunca se marchitaba
 Ni envejecía la flor.
 Plegaba todas las tardes
 Su capullo al caer el día,
 Y siempre á abrirle volvía
 Con mas hechizo y primor.

Nunca brotaron sus ramas
 Otros capullos , y nunca
 Ni la tormenta la trunca,
 Ni la arrebata el turbion,
 Ni el crudo cierzo la huela,
 Ni la consume el rocío,
 Y el invierno y el estío
 Benignos al par la son.

Señor , (á D. Felix dijo
 El viejo Fermin un dia)
 A no ser vuestra diria
 Que hay hechizo en esa flor.
 --- ¡ Hechizo Fermin ! ¿ qué dices ?
 --- Cosa de encanto parece
 Porque ni mengua ni crece
 Ni muere nunca, señor.

Mi señora la Condesa
 Con ella está enloquecida,
 Como á vos mismo la cuida
 Y quiérela como á vos.
 No tiene empeño mas grave,
 Ni cosa que mas la importe,
 Y hacer á una flor la corte
 No es cosa que manda Dios.

Honores, fausto y nobleza
 Por ella habeis olvidado,
 Por ella habeis enojado
 A vuestros deudos tambien,
 Pues su amistad concibiendo
 Que os era enojo importuno
 Desfilaron uno á uno
 ¡ Y ojalá que pare en bien !

--- ¿ Qué quieres decir ?

--- Yo nada,
 Mas mucho el vulgo murmura,
 Y dan por cosa segura
 Que á la nigromancia os dais:
 Que no sois Francés recuerdan
 Y corren aunque en secreto
 Sospechas sobre el objeto
 Que en vuestro encierro llevais.

Dicen que habeis sometido
 Por medio de un sabio ó brujo
 De los astros al influjo
 El horóscopo del Rey;
 Y si va por donde quema
 Del vulgo la vil malicia
 Me temo que la justicia
 Nos encare con la ley.

Y en fin señor , yo que embustés
No puedo sufrir en calma
Un dia me rompo el alma
Con el mejor del país,
Y con tres Zaragozanos
Que meta entre esos Franceses
Hay una de Aragoneses
Que se estremece París.

--- ¡ Bah! buen Fermin , no desbarres
Soñando con tus paisanos.

--- ¿ Y los tres Zaragozanos
Que os sirven ?

--- ¿ Y qué son tres?

--- Como el mas imberbe de ellos
En un callejon se aposte
Ya sé yo que el gran Prevoste
Con su ronda vuelve pies.

Fermin , replicó don Felix,
Decididos y tenaces
Ya sé yo que sois capaces
De eso y mas los de Aragon,
Mas si meteis algun dia
Quimera con los paisanos
Os mando cortar las manos
Sin otra averiguacion.

Y esto escuchando á una seña
 De su señor , el camino
 De la escalera mohino
 Tomó y humilde Fermin
 Quedóse á solas don Felix
 Con su flor y con su esposa ,
 Y en su posicion dudosa
 Empezó á pensar al fin.

Estrangero y largo tiempo
 De la corte retraido ,
 Y acaso el Rey prevenido
 Estando ya contra él ;
 Por bizarro y opulento,
 Con muchos enemistado ;
 Y de muchos envidiado . . .
 Era algo ruin su papel.

Audaz por naturaleza,
 Por Español altanero,
 Valiente y buen caballero
 Sufriera un desaire mal :
 Y en su honor y antigua fama
 A mantenerse resuelto
 Hubiérasele devuelto
 Al mismo Rey por igual.

Mas existia otra causa
 Otra razon , otro objeto,
 Otro escondido secreto
 Que le impedia partir;
 Secreto, sí, que hasta entonces
 Dentro de su alma escondido
 Habia tal vez vivido
 Sin dejarse percibir.

Aquella flor que gozando
 De una frescura infinita
 Jamás doblaba marchita
 Su primoroso boton;
 Aquella flor misteriosa
 Cuya inmediata presencia
 Tenia oculta influencia
 En su propio corazon.

Aquella flor cuya vista
 Era el placer de su esposa,
 De cuya esencia olorosa
 Gozaba con tanto afán,
 Vió el triste que allá en el fondo
 De su pecho enamorado
 Habia el poder cobrado
 De un dañoso talisman.

De aquella flor peregrina
 La hermosura le hechizaba,
 En su presencia gozaba
 Incomprensible placer,
 Y al percibir de su cáliz
 El mágico aroma apenas
 Sentía dentro sus venas
 La sangre inquieta correr.

De aquella flor á la vista
 Sentía que en su memoria
 Se renovaba una historia
 De mucho olvidada ya,
 Y en ella ardía un recuerdo
 Triste, eterno y solitario,
 Como luz que en un santuario
 Ardiendo perenne está.

Jamás entibiado habíase
 Con su esposa su cariño,
 Pero su historia de niño
 Jamás se le recordó
 Hasta aquella horrible noche
 De repentina tormenta
 En que de su historia cuenta
 Clotilde le demandó.

Indiferente y tranquilo
 En la siguiente mañana
 Abrió el mismo su ventana,
 Mas la Pasionaria al ver
 Sintió por la vez primera
 Con amargo sentimiento
 Aquel fatal pensamiento
 En su mente aparecer.

Vago y sin fuerza hasta entonces
 Y allá en el alma escondido
 Recuerdo tal había sido
 Un imperceptible imán,
 De cuya robusta fuerza
 Jamás llegó á recelarse
 Hasta que quiso apartarse
 Del funesto talisman.

El , de sí mismo con miedo
 Juzgólo aprension , capricho,
 Y él no se lo había dicho
 Ni aun á sí mismo jamás;
 Mas del buen Zaragozano
 Fermin la ruda franqueza
 Corroboró la certeza
 De sus sospechas en mas.

Entonces con claros ojos
 La realidad contemplando
 Fue don Felix empezando
 La verdad á comprender :
 Por una parte alarmada
 La suspiciacia francesa,
 Por otra victima y presa
 De unos hechizos su ser.

De tantos ojos voraces
 Atentos á sorprenderle,
 Ocultarle y defenderle
 Fue cosa imposible al fin,
 Y de la flor el secreto
 Por último divulgado
 Por do quier fue interpretado
 Con la malicia mas ruin.

Ya con amistad fingida
 Y con pretextos capciosos
 Llegaron varios curiosos
 El castillo á penetrar,
 Del español envidiado
 En la mansion ó el semblante
 Buscando del nigromante
 Señales que denunciar.

Y algunos sábios fanáticos
 Con curiosidad sencilla
 Quisieron la maravilla
 De la Pasionaria ver,
 Mas enojado don Felix
 De su impertinente audacia
 Negóse con pertinacia
 Su permiso á conceder.

Arrastrólos sin embargo
 La fé de su ciencia vana,
 Hasta acechar la ventana
 Donde existía la flor,
 Y viendo á los dos esposos
 En ella continuamente
 Tuvieron por evidente
 Un ser maleficiador.

Dieron al Conde don Félix,
 Por enemigo de Francia,
 Y adquirió tal importancia
 Esta opinion, que hasta el Rey
 Llegó á recelar acaso
 De aquel hechizo el influjo
 Teniendo al supuesto brujo
 Vigilado por la ley.

Don Félix que idolatraba
 Con toda su alma á su esposa,
 Sintiendo otra poderosa
 Llama en su pecho brotar
 Airado contra si mismo,
 Loca tentacion juzgándola,
 Quiso de su alma arrancándola
 La fé de su amor salvar.

Y un dia en que ambos gozaban
 La bella flor contemplando
 Conversacion entablado
 Dijo don Felix asi :
 ---¿No te parece, Clotilde,
 Que hay en esa Pasionaria
 Una mágia extraordinaria
 Que nos alucina ?

CLOTILDE.

Sí,
 Yo cerca de ella un deleite
 Tan soberano percibo
 Que me parece que vivo
 Donde ella vive, mejor.
 Nada con ella echo menos
 Y en su presencia me place.

Sentir Felix que renace
Mas tierno por tí mi amor.

DON FELIX.

No es tal mi dicha , Clotilde ;
Yo siento una incertidumbre ,
Una estraña pesadumbre
Al contemplarla no mas.
Paréceme que á su vista
Nuestro amor se disminuye ,
Y la ventura nos huye
Para no volver jamas.

CLOTILDE.

Felix ¡tú pierdes el juicio !
¿Qué puede en nuestra ventura
Intervenir la hermosura
De esa solitaria flor ?

DON FELIX.

No acierto, Clotilde mia,
De tal misterio el origen
Mas mil temores me afligen
Y... destruirla es mejor.

CLOTILDE .

Eso nó ; cuando la vimos
La acojí bajo mi amparo
Y quien la toque declaro
Que atenta á darme un pesar.
Aqui esa flor ha nacido
Y es mi deleite , mi encanto ;
Y aqui Felix por lo tanto
Cuanto pueda ha de durar.

DON FELIX.

Sea , y no quieran los cielos
Que ese capricho te estorbe
Quien corriera todo el orbe
Para buscarte un placer.

CLOTILDE.

Ah, Felix mio perdóname
Si mi amor te la defiende
¿Mas en qué mi flor te ofende?
¿Qué puede en tu mal tener?

Mis ojos gozan mirándola
 Tan pura siempre y tan bella,
 Tengo mi capricho en ella
 Como mi amor tengo en tí,
 Tan poderoso es el mio
 Como es el otro constante,
 ¿ Piensas que menos amante
 La flor ha de hacerme ; di?

No ; los gustos peligrosos
 De la necia corte olvido;
 Helos ya sustituido
 Con su inocente primor,
 Y aqui en soledad tranquila
 En pura y campestre calma
 Mas no apetece mi alma
 Que su Felix y su flor.

Y asi diciendo, en los brazos
 Cae Clotilde del Conde;
 Y este el semblante la esconde
 Alterado de placer.
 Y asi su enojo ahuyentando
 Con dulcisimas caricias
 Tornaron á las delicias
 Del amor que les dá el ser.

Y uno tras otro asi fueron
 Los bellos dias pasándose,
 Su dulce vida llevándose
 De soledad y de amor.
 Y al asomar por Oriente
 La Aurora cada mañana
 Fresca , olorosa y lozana
 Se abria siempre la flor.

Y uno tras otro se fueron
Los bellos días pasando
Su dulces vida llevándose
De solada y de amor.
X.
Y el amor por los
La Aurora cada mañana
Fresca, olorosa y lokana
Se abre siempre la flor.

¡ Ay del que necio en la fortuna fia !
¡ Ay del que espera en el poder mundano !
El que vive feliz un solo dia
Otro tal vez igual espera en vano.
Si , todo al fin el tiempo lo trastorna,
Todo en la tierra por su mano pasa,
Y el monte que hoy adorna
Con espeso amenísimo follage
En breve espacio con furor le arrasa,
Sin que halle en el la yerba mas escasa
El pájaro mas ruin por hospedaje.
Y su golpe no quita
Casco ferrado ni áurea corona,
Ni su arbitraria enemistad se evita
Con fuertes torres ó tendida lona,
Porque salva la mar con solo un paso,
Y á su soplo se hienden las murallas
Como en el fuego se quebranta un vaso.
No hay para el tiempo ni exencion ni vallas.

Diez meses no serían
 Tal vez cumplidos , y en dolor trocadas
 Las dichas de don Felix se veian,
 Su esperanza y sus glorias trastornadas.

Era un dia de niebla húmedo y frío,
 Todo era soledad , silencio todo
 El castillo sombrío.
 No por sus anchas bóvedas sonaba
 Rumor alegre de placer y vida,
 No clamorosa multitud se hallaba
 En sus largos salones reunida.
 No, no; todo es ahora
 Duelo y quietud, que el tiempo y la fortuna
 Sientan alli su mano asoladora,
 Y quien le habita llora
 Sin esperanza alguna.
 En un largo aposento
 Do medio roble humea
 Tendido en una antigua chimenea,
 El rostro macilento,
 Y de pesar el corazon transido
 Yace don Felix en el hondo asiento
 De una poltrona hundido.
 Las lágrimas que brotan de sus ojos
 Indicios son de su dolor; estrecho

Paso sus lábios dan á los gemidos
 Que arranca de su pecho,
 Y claros de la suerte los enojos
 Se muestran en sus ayes doloridos.
 Fermin , el buen soldado,
 Mústio tambien y pálido el semblante,
 Del fuego está delante
 Junto al Conde sentado.

Y acreditar sus pesadumbres puede
 La igualdad del señor con el vasallo,
 Pues solo el infortunio la concede.

---No hay remedio , Fermin , dijo don Felix,
 Los doctores asi me lo aseguran.

- - Los doctores , señor , por sí la yerran ,
 Casi siempre desgracias nos auguran.

--- ¡ No , Fermin , es inútil esperanza !
 Ellos mismos confiesan
 Que su ciencia no alcanza
 La muerte á detener.

Y aqui callando

Tornó al llanto don Felix,
 Y el anciano Fermin siguió llorando.

Y era razon llorar por la Condesa,
 Pues de dolencia inextinguible presa
 Aunque de tres doctores asistida,
 Se hallaba en tal momento
 A las manos de un mal intimo y lento

Próxima á despedirse de la vida.

Y en aquel aposento

Del esfuerzo postrero de la ciencia

Esperaban el fallo

Con dudosa impaciencia

El mejor Conde y el mejor vasallo.

Abrióse al fin la puerta

Que de la esposa al aposento daba.

Y la mirada incierta

Ninguno á ella dirigir osaba.

Tuviéronse en silencio los doctores

Al dintel con respeto

Al intenso dolor del noble esposo,

En su gesto turbado y lastimoso

Mal ocultando su fatal secreto.

Acercaos, señores,

Don Felix dijo al fin , daramé ayuda

Para arrostrar en calma mis dolores

El Dios á quien suplico que me acuda

En mis cuitas mayores.

¿Hay esperanza aun?

--- « La ciencia vana

»De los hombres, señor , no encuentra alguna.

»Solo de Dios la ciencia soberana

»Sabe que sol alumbrará mañana,

»Y ve de todos el sepulcro y cuna;

»Fuera de esa esperanza, no hay ninguna.»

Cayó en su silla el Conde desplomado,
 Y ocultando en las manos el semblante
 En su propio dolor quedó abismado.
 Y aprovechando al punto aquel instante
 Del cuarto los empíricos salieron
 Y del castillo, á dó jamás volvieron.

Su fin tocaba el día,
 Y mas densa la niebla encapotaba
 La atmósfera ; la noche que avanzaba
 Fria , lluviosa y lóbrega venia ;
 Y sin fuerzas el viento no sonaba
 En la enramada umbría.
 En apartada alcoba
 Que alumbra escasa lámpara , se queja
 Clotilde hermosa á quien la vida deja,
 Y á quien la muerte para el mundo roba.
 Desencajado el rostro y amarilla
 La tez rosada y pura
 En sus radiantes ojos ya no brilla
 La luz de la hermosura.
 Sus lábios sin color no se desplegan
 Con amorosa y celestial sonrisa
 Y sus ebúrneas manos ya no juegan
 Con sus espesos rizos,
 Que no mecerá mas la mansa brisa
 Descubriendo los mágicos hechizos

Del torneado cuello
 Del pecho virginal y el hombro bello.
 Aun tiene, amante con su mano asida
 De don Felix la mano,
 Y aun con escaso aliento
 Murmura su postrera despedida.
 Y aun buscan en el lóbrego aposento
 Sus turbios ojos el objeto amado
 De su alma enamorada aun no borrado.
 El amoroso Conde que la adora
 Junto á su lecho desoladó llora,
 Y á las palabras de su amor responde
 Con palabras mentidas de consuelo,
 Porque no se le esconde
 Que á ver no volverá la luz del cielo.
 ---¿Por qué lloras, mi bien? le preguntaba
 la moribunda esposa.
 Y con voz cariñosa
 ---«No lloro» el infeliz la contestaba,
 Y así plática entre ambos se entablaba:

CLOTILDE.

Sí sollozar te escucho.

DON FELIX.

Tu mente débil te lo finge acaso.

CLOTILDE.

No, Felix, no me engaño , te amo mucho,
Y esta mano en tus lágrimas me abraso.
Leo en tu corazon.

DON FELIX.

Clotilde mia
Del pensamiento aleja
Tan tristes ilusiones.

CLOTILDE.

Ay Felix, es en vano tu porfia,
Escusa ya ficciones,
Falsas palabras deja,
Ya sé que llega mi postrero dia.
¿Me amas aun?

DON FELIX.

---Mis lágrimas te dicen
Cuanto es mi amor ; la eternidad entera
Escaso tiempo para amarte fuera.

CLOTILDE.

Dime, ¿y mi flor? ¿estiede todavía
Sus hojas ante el sol? ¿han decaido
Sus brillantes colores?

DON FELIX.

No, Clotilde, sus ramas han crecido.

CLOTILDE.

¿Pero y la flor?

DON FELIX.

Aun sola permanece
Y otro capullo en derredor no crece.

CLOTILDE.

¿Cuánto tiempo hace ya que no la veo?

DON FELIX.

Pocos dias no más.

CLOTILDE.

Años perdidos
Sin contemplarla que pasaron creo.
¿Se alcanza desde aquí?

DON FELIX.

Tal vez corriendo
Tus cortinas, y abriendo
La puerta de esa cámara vecina,
Se alcance á ver.

CLOTILDE.

Pues abre y que mis ojos
La vuelvan á mirar, antes que cieguen
De la muerte implacable al ser despojos.

Abrió en esto don Felix
La puerta de la cámara en que estaba
La flor maravillosa,
Y al gótico balcon donde brotaba
Tendió los ojos la doliente esposa.

Oscura estaba la noche,
Los ojos mas perspicaces
No hubieran sido capaces
Su lobreguez de sondear.
Tendió á la ventana el Conde
En las tinieblas la mano
Mas abrió con ansia en vano
Sus ojas de par en par.

El mas escaso reflejo
No vió penetrar por ella
Que no alumbraba una estrella
Del cielo la inmensidad.
Su negro manto en los aires
Las nieblas habian tendido
Y de la luna sorbido
La trémula claridad.

Aun fresca olorosa y pura
 La encantada Pasionaria
 Vejetaba solitaria
 En su enramado vergel.
 Y aunque no pueden los ojos
 Percibirla en la distancia
 Revela bien su fragancia,
 Su eterna presencia en él.

¿Dónde estás, dijo Clotilde,
 Flor mia que no te veo?
 Si comprendes mi deseo
 Déjate ver, linda flor:
 Siento ¡ ay de mí ! que al buscarte
 Los ojos se me oscurecen;
 Muéstrate flor si merecen
 Mis ojos ver tu color.

A estas palabras del lecho
 De la moribunda enfrente
 Se iluminó de repente
 Ténue y fosfórica luz
 Producida en las tinieblas
 De la oculta Pasionaria
 Por la esencia extraordinaria
 Y la mágica virtud.

Retrocedió amedrentado

La luz fantástica viendo

D. Felix, y no sabiendo

Los ojos de ella apartar

Ni á respirar se atrevia,

Cuando en el otro aposento

Con desfallecido acento

Oyó á Clotilde llamar.

Acudió el triste solícito

Al pie de su cabecera

Y allí de aquesta manera

Decir á su esposa oyó

«Escucha, Felix, sentada

La muerte á mi lado veo

Mas un estraño deseo

Al sentirla me asaltó,

Y dulcemente la vida

Mi espíritu abandonára

Si este deseo lográra.

---¿Cómo lograráte? dí.

---De tí tan solo depende.

Mas que te cueste no es justo

Este capricho un disgusto.

- -Acaba

---¿ Consientes ?

---Sí.

--- Pues mira , esa Pasionaria
 Que fué mi encanto viviendo,
 Pluguírame que muriendo
 Fuera mi último placer.
 De nuestro mal compañera
 Cual de nuestro amor testigo,
 Que muera esa flor conmigo
 Pues que me debe su ser.

Sí, apenas contaba un día
 Cuando quisiste ofrecérmela,
 Sea su suerte la mía
 Felix , arráncala hoy ;
 Ese es el favor postrero
 Que ya de tu mano espero,
 Cúmplemele y al sepulcro
 Tranquila y contenta voy. »

Quedó aterrado don Felix
 Propuesta tál escuchando,
 La mano tender no osando
 A la misteriosa flor,
 Los desencajados ojos
 Fijos en ella teniendo,
 Y en las pupilas sintiendo
 Su mágico resplandor.

A comprender esta idea
Su mente no se atrevia,
Su voluntad resistia
Su ejecucion á emprender;
Y aquel pensamiento solo
Le tiene en duda tan fiera
Como si á su impulso fuera
Un crimen á cometer.

Si, sometido al influjo
De un vértigo incomprendible
Sentia en sí una terrible
Desusada conmocion:
De un ser incógnito, oculto
Secreto terror le asalta,
Y conoce que le falta
Valor en el corazon.

Que aquella flor que fué un tiempo
Las delicias de su esposa,
Cuya existencia preciosa
Quiere hoy romper con afan,
Ve el triste que allá en el fondo
De su pecho enamorado
Todo el poder ha cobrado
De un dañoso talisman.

De aquella flor á la vista
 Siente que allá en su memoria
 Se le renueva una historia
 De mucho olvidada ya,
 Y en ella vive un recuerdo
 Triste , eterno y solitario
 Como luz que en su santuario
 Ardiendo perenne está.

¡ Oh ! no , imposible que él sea
 Quien aquella flor destruya;
 Su vida es la vida suya,
 El suyo tal vez su ser.
 No , imposible , sin su esposa
 El como ella necesita
 Aquella flor inmarchita
 Por compañera tener.

Será de su amor pasado
 Cuando ella falte un objeto,
 Será un místico amuleto
 Que aliviará su dolor,
 Y de Clotilde el espíritu
 Identificado en ella
 Siempre pura y siempre bella
 Será ella misma la flor.

En sus brillantes colores,
 En su inmarchita frescura
 El hallará su hermosura,
 Su perdida sociedad.
 Y en su castillo encerrado
 Para siempre noche y día
 No tendrá mas compañía
 En su larga soledad.

Mas ¡ay! que á la par Clotilde
 Desea arrancarla ahora
 Y el buen don Felix la adora
 Con toda su alma y su ser,
 Y es imposible que al cabo
 Su afan postrimero estorbe
 Quien corriera todo el orbe
 Para buscarla un placer.

Acostumbrada de antiguo
 A encontrar cada mañana
 Al ir á abrir su ventana
 Con nueva vida su flor,
 Tambien identificóla
 Clotilde con su existencia
 Divinizando en su esencia
 Su porvenir ¡ó su amor.

Y aun en la misma ventana
 Su enredadera ceñida,
 Aun vejetaba prendida
 La Pasionaria al dintel:
 Mas ya crecidos los tallos
 De sus ramas parecia
 Que desprenderse queria
 A su verde cuna infiel.

Y en la mas larga pendiente
 Ya dentro del aposento
 Yacia en el pavimento
 Sin arrimo y sin sosten,
 Como si el fin contemplando
 Avanzar de su señora
 Al suyo en la misma hora
 Quisiera llegar tambien.

Dijeran que adivinando
 El término de su vida
 La postrera despedida
 Quería á Clotilde dar,
 Y que hasta su mismo lecho
 Subir intentando en vano
 Tomó el lugar mas cercano
 A donde pudo arribar.

Y él la contemplaba trémulo,
 Y ella su flor le pedia,
 Y don Felix no sabia
 En verdad que resolver.
 La flor seguia en la sombra
 Ante sus ojos brillando
 Y él la seguia mirando
 En acuerdo sin volver.

Al fin la voz de su esposa
 Oyendo desfallecida
 Que á Dios decia á su vida
 Clamándole por su flor,
 Sobre ella dió de repente
 Y en la oscuridad asiéndola
 ---¡Sea pues ! dijo, rompiéndola
 Con insensato furor.

A tal momento Clotilde
 Lanzó el último gemido:
 Y el Conde de horror transido
 En las tinieblas quedó
 Al escuchar que su nombre
 Dentro del mismo aposento
 Otro conocido acento
 Tiernamente pronunció.

¡ Cielos ! exclamó espantado
¿ Es realidad ó deliro ?
¿ De quién era ese suspiro
Que en las tinieblas oí ?
— Felix, repuso en la sombra
Aquella voz dolorida
¿ No me conoces, mi vida ?
Yo soy , acercate á mí .

Desatinado y atónito
Tomó una lámpara el Conde
Y al sitio, volviendo donde
La Pasionaria arrancó
Vió con estúpido asombro
El desconocido objeto
Que el miedo y amor secreto
Hacia la flor le inspiró.

Pálida , fria , y sin aliento apenas
Enamorada aun y encantadora
En lugar de la flor yacía AURORA
En medio del oculto camarín.
Contemplábala atónito don Felix
El misterio fatal no comprendiendo,
Y tendiale Aurora sonriendo
Los yertos brazos, próxima á su fin.

Y aun amoroso el rostro moribundo
Dijole asi con voz desfallecida :

—«He estado junto á ti toda mi vida,
Y muero con mi amor cerca de ti.
Velada á vuestra vista entre las hojas
De una hermosa y silvestre Pasionaria
Fuí huésped de esa reja solitaria,
Y os ví felices y dichosa fuí.»

Siempre te amé; mas siempre cuidadosa
 Miré mas que á mi amor á tu ventura;
 Tu no fueras feliz con mi hermosura,
 Y en mí encerré mi generoso amor.
 Dios hizo que á este amor triste y sin premio
 Fuera el amor de tu Clotilde unido,
 Mas nuestro tiempo le pedí medido
 Por el tiempo no mas de aquella flor.

No nos fué dado nunca conocernos
 Mas á la par vivimos y te amamos;
 Ambas unidas á la tumba vamos,
 Y te perdemos á la par las dos.
 Juntas morir nos otorgó el destino
 Y tú mismo al cortar mi Pasionaria
 Cumplistes mi recóndita plegaria.
 Recibe pues, mi postrimer adios.

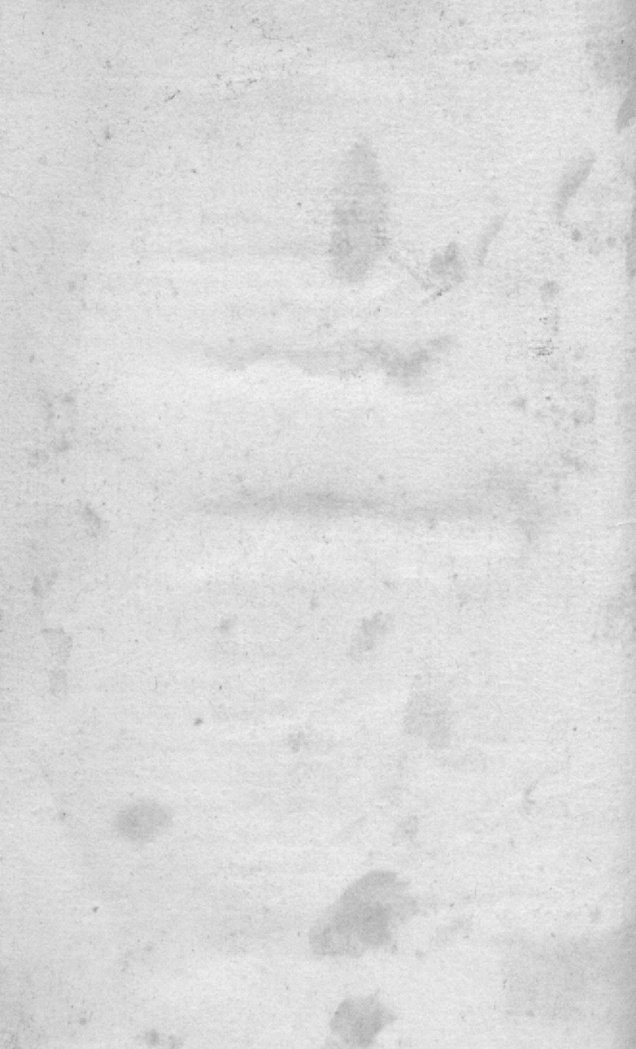
Y á estas palabras la cerviz doblando
 Voló al cielo su alma enamorada,
 Y en medio de la atmósfera nublada
 Repentino relámpago brotó.
 Las ramas de la verde euredadera
 En la estrecha ventana se inflamaron,
 Y sus hojas ceniza se tornaron
 Que el agitado viento arrebató.

Tendió don Felix las convulsas manos
 Ciego á su vista y de dolor transido,
 Y privado de aliento y de sentido
 De la ventana al pié se desplomó.
 Y diz que en su castillo de Aracena
 Pocos años despues triste vivia,
 Y que á Aurora buscaba todavía
 Por el ameno valle en que vivió.

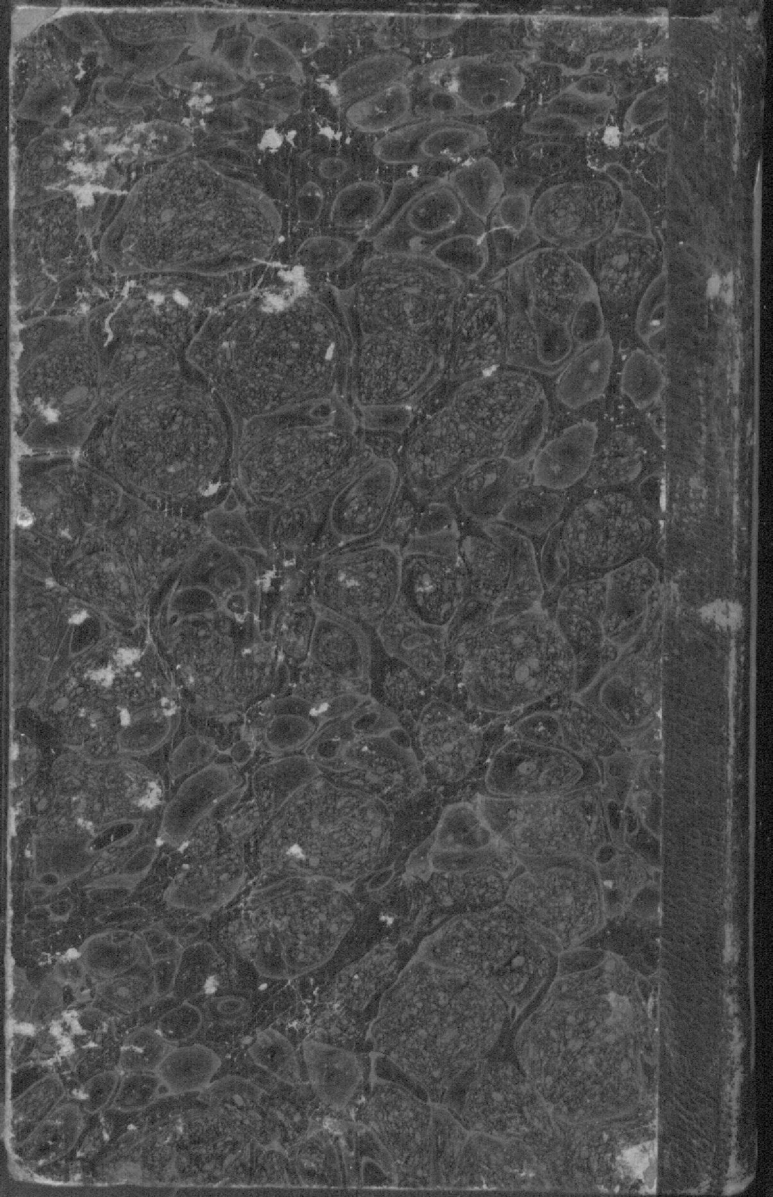


Aun de su viejo castillo
 En una capilla oscura
 Se encuentra la sepultura
 De su postrero señor
 Y en vez del busto de mármol
 Y de inscripcion funeraria
 Hay solo una Pasionaria
 De mano de un escultor.









Abraham Lincoln
1862